

Copias que hizo
Cristina en "La calle"
de "M. Violin y otros cuentos"

Cuentos a nivel
Fotos = copias

16ª edición Premios Literarios Ciudad de Irún 1985

Cuentos en castellano

Desde los parques

Título: DESPUES DEL NAUFRAGIO

Seudónimo: Cruz del Sur

Cuando usted me pasaba la comida por el orificio que había en la puerta de la celda yo no podía contenerme y lloraba. Acaso porque lo identificaba con mi padre, perdido en el tiempo mucho antes de la celda y el castigo, que yo procuraba rescatar en el encierro, porque lo necesitaba. Y usted, dándome ese plato de comida, actuaba como si fuese él, usurpaba su lugar protegiendo mi permanencia en este mundo cruel y difícil para los débiles. Acaso lloraba porque el padre que se fue antes de que acabara mi infancia, ^{que} y nunca pude encontrar, se me aparecía ahora vestido de carcelero y, como el padre de mis recuerdos, tampoco hablaba conmigo ni respondía a mis preguntas. Preguntas tontas, claro, que ahora siento como grandes remordimientos. El las alejaba con un gesto de fastidio, el mismo gesto de usted cuando presentía que quería preguntarle algo relacionado con mi libertad. Para un carcelero, la libertad, como la inocencia, o no existe o es algo muy pueril. "Si fueras inocente no estarías aquí", decían siempre los pliegues de su uniforme de padre súbito y violento.

Y si usted, entonces, era mi padre, qué terrible su aparición, qué negación (¿o revelación?) de lo paterno supresencia, empujándome por la espalda con sus armas, mi padre llevándome por aquella escalera hacia el calabozo oscuro. ¿Para eso lo había esperado tantos años? Abrió la puerta de aquella cueva y aunque yo iba a entrar voluntariamente me golpeó con la culata del arma, para no tocarme, lo mismo que mi padre, que nunca me tocó, no recuerdo sus manos.

Así me engendraba, así me echaba al mundo; porque de eso se trataba, al menos en un área de mí que todavía me pertenecía, en la que yo procuraba nacer de nuevo para aquel mundo oscuro, aunque fuese una negación de la vida. Quizás el culatazo fue un acto de piedad, un prepararme en la inconciencia fetal para que aceptase algo tan duro como ese nacimiento. Al final ser padre quizá no sea todo lo bueno que uno pensó, a lo mejor ser padre es la crueldad misma, dar o imponer algo no deseado. Eso no lo sé todavía y probablemente no lo sepa nunca, es tan difícil, mi padre de algún modo siempre anduvo o estuvo perdido, y esta forma bajo la que ahora se me aparecía podía ser la verdadera.

O acaso llorara porque mi padre era alguien a quien no podía pedirle nada. Al meterme en la celda de un culatazo se apropió sobre todo de la paternidad, y a partir de ese momento yo se lo debía todo, incluida la existencia misma. ¿Cómo pedirle la libertad entonces, es decir, la vida? No había nada que pedir, él era el dueño de mis deseos y hasta podía modificarlos. Si me había dado la vida, también podía quitármela. Yo era débil y él tenía hierros por todos sus costados, ruidos y fuegos que engendraban y mataban, todo al mismo tiempo.

Tampoco podía rechazarlo u olvidarlo: así negaba mi origen. Por eso mis actitudes de diálogo, de un intento de comprensión. Yo aceptaba su

función no solamente por miedo: era la única realidad posible. Para usted hubiera sido más natural mi odio o mi desprecio, pero yo no podía odiarlo, era lo único que tenía. Y por eso usted me despreciaba, me consideraba un idiota, una poca cosa, un ruido molesto.

Como aquella perra abandonada que un día me siguió y quiso entrar a mi casa. No se lo permití y se quedó a vivir en el jardín, allí estuvo mucho tiempo pese a mi indiferencia. Cuando me veía entrar o salir se deshacía en actitudes reverentes, se empequeñecía, se orinaba de humillación, se arrastraba buscando mi proximidad.

En la última navidad, que como siempre me recordó las que pasamos juntos usted y yo, hice una lista de las personas a quienes necesitaba mandar una postal desde el exilio. A medida que llegaban a la memoria, usted, desde lugares persistentes, empujaba, quería entrar. Yo me oponía, me parecía absurdo que formara parte de mis intimidades. Pero tuve que ceder. Cuando quise anotar su nombre, no lo sabía. Algo tan importante en mi vida no tenía nombre. Puse carcelero, conciente de la connotación con padre que para mí tenía la palabra. Elegí para usted una postal con paisaje nevado, un poco por mostrarle algo de mi exilio y otro poco porque la nieve es algo ajeno a usted, de tierras cálidas, es decir, un fenómeno absolutamente ausente en su existencia, como podía serlo la piedad. No sabía cómo encabezarla. Amigo, nunca; carcelero tampoco, dicho por mí significaba ofensa. Guardián, celador, custodio, todo era falso, nada coincidía con usted, con su verdad. El no poder nombrarlo me hizo mucho daño, el mismo que me producía el recibir la comida de sus manos. Por fin encontré una palabra ambigua pero salvadora: señor. Puse señor a secas y no sé qué cosas más de circunstancia. Después vino el problema del sobre. No sabía ni su nombre ni su dirección, mi padre volvía a estar lejos de mí. Puse: "al guardián moreno (a sabiendas de que todos eran morenos) de la cárcel de"... Nada. La nuestra no era la única cárcel de la ciudad. El sobre y la postal andan por ahí, rodando por diferentes lugares de la casa, como rodará mañana mismo esta carta que vengo escribiendo y perdiendo desde hace mucho tiempo.

En una de esas cartas perdidas intentaba contarle que la primera navidad que pasamos juntos estuve preocupado por usted. Yo, como preso, era natural que aquella noche no tuviese derecho a la ilusión de un Dios que nace. Pero usted era un elegido, un privilegiado, y en el fondo era una alegría para mí saber que ese privilegio o posibilidad existía. Lo imaginaba creyente (el poder siempre lo es), y me hacía sufrir el pensar que usted esa noche tan importante se quedara sin Dios, justamente cuando Dios nacía. A medianoche, cuando afuera empezó el crepitar de los cohetes, fingí un ataque de estómago para que me permitiera ir al baño. Pero lo que yo quería era hablar con usted, de su Dios por ejemplo. Cuando me abrió la puerta le dije claramente "fe-

liz navidad", yo estaba enfervorizado o idiotizado. Usted, según su costumbre, no respondió. En el baño me quedé parado bajo una luz débil mirando las baldosas, mientras usted me esperaba afuera, al lado de la puerta. Cuando salí le dije algo más, relacionado con la navidad, alguna estupidez sin duda, como las que le decía a mi padre. Y usted siguió callado, en el centro de la verdad, no alcanzado ni vulnereado por ilusiones estériles, envuelto en el ángulo ostentoso de su cara hierática, el mismo que tengo presente en este momento: una mezcla de crueldad y desvalimiento, una mueca universal y dolorosa. Acaso no me respondía porque estaba más solo que yo, aislado en la inutilidad de su crueldad.

Los cohetes lejanos eran ya solamente ruido, no se podía atisbar su luz, pasadas las doce de la noche el Dios recién nacido acababa de morir nuevamente y con él la esperanza de la libertad o de una clemencia que atenuara el encierro, la promesa de un proceso legal, de un lejano juez misericordioso que dijese bueno, vamos a ver de qué se trata, y el tiempo dejaba de ser espera de algo, volvía a ser otra vez el ruido de sus pasos y sus llaves moviéndose distraidamente entre los espacios de los años. Apoyado contra la pared del baño fingía mi ataque de estómago por si usted aparecía, me concentraba esperando que sucediese algo que permitiera a aquella navidad serlo verdaderamente, para que la espera de un año más tuviese algún fundamento.

En mi ataque fingido yo era un niño enfermo y mi padre había salido a buscar un médico. Los vecinos me ponían trapos con vinagre en la cabeza para que bajase la fiebre, pobre niño siempre tan enfermo, y esto me permitía demorar de algún modo el tiempo de la navidad que pasaba como un viento silencioso sobre las baldosas del piso, venía desde las otras celdas arrastrando la respiración y los deseos de los demás presos, y todo se perdía en un solo montón de silencio, los cohetes habían cesado hacía ya una eternidad.

En el silencio me vino a la mente el tío Juan cuando mató nuestra perra. Cuando le vio la escopeta en la mano, ella comprendió que él iba a matarla. Las perras en celo, y mucho más, preñadas, molestaban al tío Juan. Además, dijo, esta perra no tiene nada de particular. Yo pensé que principalmente estaba viva. Sin embargo, iba a matarla.

Era verano y el mundo estaba hermoso. Por la orilla del río íbamos hacia la colina elegida para el sacrificio, lejos del poblado. La perra, de tanto en tanto, gemía y se adelantaba a mi tío y se echaba a sus pies, se orinaba, y este era su único gesto implorativo.

Yo tenía que evitar el sacrificio. Normalmente mi tío respondía a mis preguntas lo mismo que mi padre, con un silencio o un gesto de fastidio. Mi pregunta entonces tendía que ser sabia, fuerte, algo que lo obligase a explicar su crueldad sin fundamento. Alguien que llegaba de pronto,

por ejemplo, que lo esperaba en la estación, cuestión de vida o muerte, pronto por favor, va a tener que dejar la perra para otra oportunidad. Pero las palabras no me salían y la claridad de la escopeta bajo el sol era más fuerte que mis pensamientos, y la estación de trenes por la que pudiera llegar alguien estaba en otro pueblo, y en el pasado. Habíamos dejado atrás el río, vadeado en su parte menos profunda. La perra estaba mojada, unas gotas cristalinas resbalaban por sus mamas hinchadas por la gestación y ascendía por la colina pedregosa pisando esqueletos de caracoles blancos.

Mi tío vio una mancha blanca entre la hierba florecida y sin detenerse me dijo que allí había caracoles vivos. Lo dijo casi con cariño, dentro de la dureza que siempre tenían sus palabras, y se agachó para recoger algunos. La perra aprovechó esa vacilación o postergación momentánea de la muerte para echarse ante él impidiéndole seguir, y yo me hundí en la búsqueda de la pregunta o palabra salvadora. Me dio tres caracoles que escondieron sus cabezas y con la punta de la escopeta empujó a la perra para que se levantara. Era como si ya estuviese muerta y él con el caño tratara de darla vuelta a ver si ya había cerrado los ojos o tiritaba todavía. Y entonces las palabras me llegaron a la boca, sentí cómo se articulaban contra mi voluntad más profunda, el motivo de arrepentimiento más horrible y estúpido de mi vida. Dije: -Las perras, ¿existen realmente?

Lo que yo quería era que la perra no existiese de antemano para que ni mi tío ni nadie pudiese matarla. Pero esto era absurdo, pertenecía al deseo y no a la realidad, y mientras tanto las palabras, con su estúpido sentido aparente, caminaban por el aire y llegaban a los oídos de mi tío. Me quedaba la posibilidad de que no hubiese oído, como siempre, y no me respondiese. Sin embargo dijo, dándole una tremenda importancia a mi pregunta:

-Desde que el mundo es mundo.

En ese descampado, ni siquiera el ruido del tiro llegaría al poblado, el viento se lo llevaría en dirección contraria. En las baldosas del baño comunitario estaba el descampado y desde las celdas tenía que venir algún rumor que no venía. Usted tenía que llamarme, decirme que debía volver a la celda, que daba por terminado el ataque de estómago (que usted sabía fingido), pero no me llamaba ni se oían sus pasos en el corredor. La perra, principalmente, estaba viva. Se había echado sin abrir las patas, tratando de cerrarse, de protegerse con su propio cuerpo, y con él encerraba un círculo verde del suelo, salpicado de esqueletos de caracoles blancos, lo cerraba hasta sustituirlo con su cuerpo todavía mojado y tembloroso. Después la cabeza se alzó y la lengua lamió el caño de la escopeta. Mi tío levantó el percutor

y yo cerré los ojos ^{para} para evitar el estampido. Algún cohete sonaba todavía, a lo lejos y a destiempo, confundido con relojes atrasados. Sa-
lí del baño sosteniéndome los pantalones sin cinturón. Usted estaba cerca pero no era visible, a lo mejor iba a mi lado y yo no lo veía porque caminaba mirando fijamente las baldosas, imaginándolas salpicadas de esqueletos de caracoles blancos.

Esperaba el sueño pensando en la respuesta de mi tío a mi pregunta, tan inoportuna y mal formulada. En sus esquemas del mundo, esa respuesta era casi un acto de piedad, aunque sin piedad; al fin y al cabo era lo único que él podía decir relacionado con la salvación de la perra, de ese ser viviente que es una perra desde que el mundo es mundo. Me estaba diciendo, pensaba yo, que a pesar de eso la mataría, que el hecho de matar es un acto libre y nada tiene que ver con el hecho de vivir. La libertad, pensaba yo, es lo único que de alguna manera vincula al hombre con la inmortalidad; y la muerte, la que llega naturalmente, una consecuencia de esa libertad interna. Con la vida, uno adquiría también una garantía intransferible, un peso en el mundo, aunque el tiempo y el mundo mismo desaparecieran. Y esto me daba la seguridad de que, pasara lo que pasara, en lo profundo yo seguiría intacto. Si me sacaban de la celda para matarme en mitad de la noche, como habían hecho con otros, sería porque principalmente estaba vivo. Y por esa razón mi tío había matado a la perra, no por otra.

Me dormí después del cambio de guardia y soñé que mi padre llegaba en puntas de pie y conversaba con usted en el corredor. Tenía miedo de que mi padre me acusara de algo malo que yo hubiese hecho. Castíguelo como se lo merece, decía mi padre, y usted, en un gesto bondadoso, dudaba llevándose una mano al mentón para pensar. Mi padre le decía que yo había matado una perra inocente, y esto me hacía temblar el corazón de puro frío, me temblaba como dientes que castañetean escarchados, al lado de la crueldad de mi padre usted era inverosímilmente bueno. Al final de la conversación, sin embargo, mi padre le pedía que me cuidara, que me arropara en invierno porque desde chico había sufrido mucho el frío, y decía que en el fondo yo era bueno, que había sido hijo suyo desde toda la vida, desde que el mundo es mundo.

Aquella navidad fue la única importante. Las demás pasaron como cualquier noche de cualquier año, apenas diferenciadas por los cohetes lejanos, pasaban sin tocarnos, sin alterar la rutina. Mucho antes de que llegara la siguiente yo ya estaba arrepentido del acto pueril de fingir un ataque de estómago para poder desearle feliz navidad, me parecía peor que preguntar si las perras existían realmente. Y ya ninguno de nosotros permanecía arrimado a la puerta de la celda hasta las doce de la noche para oír los ruidos externos de la navidad. Cuando empezaban a tirar cohetes y el aire oscuro se rasgaba con colores

artificiales, ya estábamos durmiendo o esperando la hora del cambio de guardia para poder dormir tranquilos aunque fuese un par de horas, sin linternas que nos alumbrasen o cualquier otro tipo de interrupciones. Y no me acordaba ni de mi tío ni de la perra ni de mi padre. Me interesaba, como en cualquier noche corriente, que llegase pronto el cambio de guardia para dormir sin sobresaltos. Después me dormía y no soñaba. Simplemente estaba allí, como siempre.

A veces, a tanta distancia, mirando los parques interminables de estas ciudades del exilio, siento que con usted una parte importante de mí se ha perdido. Hay como una nostalgia de ciertas líneas de su cara, de su aire ligeramente indígena; y perdiendo la mirada en los parques, sin pensar nada, sin ver nada más que grandes árboles y espacios muy quietos como si fueran de recuerdos, estoy cerca de usted, siento la proximidad de sus manos, que nunca me tocaron (eran otros los que torturaban), dándome de comer. En estos ámbitos es posible cierta forma de recuperación de lo que quedó allá. En medio de arboledas y espacios indeterminados hay un centro preciso donde está usted con sus llaves y su silencio, solo, sin prisioneros, sin linternas y sin pasos en la noche, sobre el césped abierto a la luz. Sé positivamente que si yo tuviese capacidad para penetrar a fondo estos parques, casi inexistentes por esa extensión algo más que física que tienen, lo encontraría. Me echaría a andar por los senderos sinuosos sin distraerme con las estatuas o las fuentes, despreciándolo todo con la mirada puesta adelante, hacia esos centros precisos. Lo buscaría a usted decididamente, sin vacilaciones ni reservas, apenas alterado por la necesidad de encontrarlo y explicarme sus silencios, *su existencia.*

Claro que un nuevo encuentro con usted sería intolerable para mí. Me apresaría otra vez, por las mismas razones que tenía mi tío respecto de su perra. Y no sé qué palabra podría pronunciar yo para detener su acción o la de mi tío, que con el tiempo han pasado a ser idénticas. Es como si ya no hubiera palabras para nada y solamente quedáramos usted y yo, sobrevivientes de un naufragio.

Entre los restos de un naufragio, hablando como viejos amigos. Yo soy ese hombrecito que usted vigilaba allá, ¿se acuerda? Hombre, acordarme no, pero lo felicito por haber salido finalmente, me dice usted desde ese centro inhallable de los parques del exilio, hablando casi naturalmente, apenas con las reservas necesarias para disimular nuestra condición de opresor y oprimido. Sí, me parece que me acuerdo de usted, pero los años han pasado y aquello no tiene importancia. Usted era ese hombre que siempre tenía frío y me pedía cobijas que yo no podía darle. No, le digo yo, no soy el que usted dice, aunque ese también existe, su

celda estaba justo al lado de la mía. Soy el que lloraba cuando usted le daba de comer. ¿Que lloraba cuando yo le daba de comer?, dice usted buscando inútilmente en su memoria, ni siquiera he podido llegar a convertirme en uno de sus recuerdos. ¿Llorar porque le daba de comer? No me acuerdo pero me parece absurdo: cualquier preso se alegra a su modo cuando le llevan la comida. Y se queda pensativo, no existo en su memoria. Usted, que nunca estuvo equivocado como yo, que siempre vio las cosas como son y nunca como uno desea que sean, se asombra de que yo recuerde esos detalles. Son cosas muy viejas, dice, no tienen ninguna importancia, con el naufragio se acabó todo eso.

Por estos parques suelo pasearme con una perra que en un sentido profundo ha sido rescatada por mí de la muerte que le dio mi tío. Ella camina confiada a mi lado, sabe que soy su conexión segura con el mundo, ~~con la inmortalidad de vivir~~, y puede creer con fundamentos que la existencia es indestructible. Corre, se aleja, vuelve, tiembla de pura alegría y de vida desbordante. Yo la espero de pie en el lugar más luminoso del parque procurando no mirar ^{que} lo que miro ^{el descompuesto} ~~cerca del río,~~ ^{en las canchales} ~~unas mamas húmedas que tiemblan,~~ un cuerpo cerrándose en el suelo hasta hacer desaparecer la hierba y esqueletos vacíos de caracoles blancos.

selpicada de esqueletos de caracoles blancos.

Esto no me convence. Va.
cómo está escrita esta situación
al comienzo del cuento. (en pag. 4)

sobre la hierba selpicada de
esqueletos de caracoles blancos.

Daniel Moyano

MARIA VIOLIN

(cuentos)

ESQUELETOS DE CARACOLES BLANCOS

Lo más difícil era recibir la comida que me daba. Usted abría el orificio cuadrado que estaba sobre la puerta a la altura de mi cabeza y por allí me pasaba el plato, un poco inclinado para que pudiera entrar, a veces volcando la sopa. Si usted hubiese entrado a la celda y dejado el plato sobre la tabla que servía de mesa, quizás eso hubiese sido más natural. O dejarla por ahí, como al descuido, para que yo la tomase como robándola. Porque lo que no podía tolerar era ~~o~~ recibirla de sus manos. ¿Por qué lloraba yo cada vez que usted me daba de comer? No lo sé todavía.

Quizás porque en ese momento yo tenía que aceptar mi prisión, dejar todas las invenciones internas que oponía al calabozo. Tenía que dejar mi infancia, siempre intacta dentro de la celda a pesar de mis aproximaciones forzadas, dejar por un momento la esperanza (y es sabido que si uno la deja, aunque sea un solo momento, se muere), dejar mis pantalones cortos para mirar otra vez el misterio que hay siempre en un arma, en sus armas, y comer para poder seguir estando preso, para poder seguir viviendo un poco más hasta que sus armas decidieran otra cosa. Quizás. Pero no es seguro.

Acaso llorara por otra cosa. Cuando usted abría aquella ventanita para pasarme el plato, por allí entraba también un poco de la luz del día o de las lámparas, pero luz al fin, algo distinto de la celda, algo que participaba de la condición de la libertad. Y en vez de alegrarme por ese atisbo de la luz, lloraba. O se me hacía un nudo muy duro en la garganta, y no tenía ganas ni de comer ni de seguir viviendo, Porque la luz, en vez de traerme partes de la libertad, me permitía percibir las armas que colgaban de su cuerpo y me obligaba a abandonar mis refugios infantiles. Acaso era esto lo que me producía esa tristeza. Pero creo que no. Tampoco esto. Acaso algo parecido.

Es que yo, con la niñez que encontraba dentro de la celda para estar fuera, encontraba también a mi padre. Mi padre se había perdido en el tiempo mucho antes de la celda y del castigo, pero yo lo andaba buscando ahora, lo veía claramente algunas veces y rescataba algunas de sus partes, una palabra, un gesto, el humo de su pipa, lo tosco de sus manos que nunca me tocaron. Y usted, dándome ese plato de comida, actuaba como si fuese mi padre, protegía mi permanencia en este mundo cruel y difícil para los más débiles. Y me parece que lloraba porque el padre que nunca pude encontrar se me aparecía ahora vestido de carcelero y, como el padre de mis recuerdos, tampoco me hablaba ni respondía

a mis preguntas, acaso por considerarlas, mi padre de entonces, preguntas de un niño tonto, o por considerarlas, mi padre de ahora, preguntas de un hombre débil. Tengo muy presentes las preguntas tontas que hacía a mi padre. Son como grandes remordimientos. El alejaba las preguntas con un gesto de fastidio, el mismo gesto de usted cuando presentía que quería preguntarle algo sobre mi libertad. La libertad, como la inocencia, o no existe o es demasiado pueril para un carcelero. "Si fueras inocente no estarías aquí", decían siempre los pliegues de su uniforme.

Si usted era realmente mi padre, qué terrible su aparición, qué negación (¿o revelación?) de lo paterno su presencia. No sé si era usted el que me apuntaba el día que llegué ahí, pero andaba por los alrededores. Si no era usted, por lo menos se enlazaba con el otro para prolongarlo en el trayecto que había entre el patio y la celda a través de la escalera, por donde subimos, de eso sí estoy bien seguro, usted y yo. Mi padre me empujó cuando me vio casi desnudo, mientras yo me sostenía los pantalones con las manos que debía llevar en alto (usted mismo me había quitado el cinturón y los cordones de los zapatos), y mientras todo se me caía mi padre me apuntaba con sus hierros ahuecados y me llevaba por la escalera hacia el calabozo oscuro. ¿Para eso lo había esperado tantos años? Abrió la puerta y aunque yo iba a entrar voluntariamente me empujó con la culata del arma, para no tocarme, me hizo caer contra la tarima que sería mi cama en adelante. Qué manera de echarme al mundo, de engendrarme. Porque de eso se trataba, al menos en ^{un} área de mí que todavía me pertenecía: hacerme nacer al mundo de lo oscuro. Todo nacimiento es violento, ya lo sé. He visto parir a las vacas. He visto la cara espantada de los recién nacidos. Pero yo no había pedido ese nacimiento. Era libre. Los que nacen están adormecidos, piadosamente inconcientes. Quizás el culatazo fue un acto de piedad, un prepararme en la inconciencia fetal para que aceptase algo tan duro como ese nacimiento. Y los niños (o los inocentes) deben aceptar de antemano que los padres tienen razón, deben aprender que la crueldad que utilizan es una forma de protección o de hacernos comprender lo que debe entenderse por padre verdaderamente. Al final quizás ser padre no sea todo lo bueno que uno pensó. A lo mejor ser padre es la crueldad misma, dar o imponer algo no deseado. Eso no lo sé todavía ni lo sabré nunca, es tan difícil, mi padre siempre de algún modo estuvo perdido, y esta forma bajo la que ahora se me aparecía parecía ser la verdadera. Pero

yo no quería que lo fuese.

O acaso llorara porque mi padre era alguien a quien no podía pedirle nada. Al meterme en la celda de un culatazo se apropió sobre todo de la paternidad y a partir de ese momento yo se lo debía todo, incluida la existencia misma. ¿Cómo pedirle nada entonces, y mucho menos la libertad, la vida? Nada que pedir. Todo pertenecía a él. El era el dueño de mis deseos y en consecuencia hasta podía modificarlos. Si me había dado la vida, también podía quitármela. Yo era débil y él tenía hierros por todos sus costados, hierros, ruidos y fuegos que engendraban y mataban, todo al mismo tiempo.

Tampoco podía rechazarlo u olvidarlo: así negaba mi origen. Por eso mis actitudes de diálogo, de un intento de comprensión. Yo no aceptaba su función solamente por miedo: era la única realidad posible. Quizás para usted hubiera sido más natural mi odio o mi desprecio, pero yo no podía odiarlo, era lo único que tenía. Y por eso usted me despreciaba, me consideraba un idiota, una poca cosa, un ruido molesto.

Como aquella perra que un día me siguió en la calle y quiso entrar en mi casa. No se lo permití y se quedó a vivir en el jardín, allí estuvo mucho tiempo pese a mi indiferencia. Cuando yo salía o entraba se deshacía en actitudes reverentes, se empequeñecía, se orinaba de humillación, se arrastraba buscando mi proximidad. Mi hija le llevaba unos trapos para que durmiera en invierno, y comida, y me miraba implorativa, como la perra. "No podemos tener perros", decía yo, y mi hija callaba, y la perra se fue finalmente.

En la última navidad, que obviamente me recordó aquellas que pasamos juntos, hice una lista de las personas que más gravitan en mi exilio. A medida que llegaban a la memoria, usted, desde lugares insistentes, empujaba, quería entrar. Yo me oponía, me parecía absurdo que formara parte de las cosas íntimas, pero tuve que ceder. Quise anotar su nombre pero no lo sabía, algo tan importante no tenía nombre. Puse carcelero, aunque al mismo tiempo estaba pensando: padre. Elegí una postal con paisaje nevado para aligerar el calor de nuestras tierras en esa época del año. No sabía cómo encabezarla. ¿Amigo, querido amigo? Nada de eso. Carcelero, nunca; dicho por mí significaba ofensa. Guardián, celador, custodio, todo era falso, nada de eso coincidía con usted, con su verdad. Se trataba nada menos que de nombrarlo, nombrar para saber, y era el momento en que todas las palabras desaparecían, se abstenían, eso nunca, de ninguna manera, decían las palabras desapareciendo. El no po-

der nombrarlo me hizo mucho daño, el mismo efecto que me producía recibir la comida de sus manos. Por fin me apropié de una palabra ambigua pero salvadora: señor. En la postal puse señor y no sé qué cosas más de circunstancia. Después vino el problema del sobre. No sabía ni su nombre ni su dirección, mi padre volvía a estar lejos de mí. Puse: "al guardián moreno (todos eran morenos) de la cárcel de" (había varias cárceles en la ciudad)... Nada. El sobre y la postal andan por ahí, rodando por diferentes rincones de la casa, como rodará mañana mismo esta carta que vengo escribiendo y destruyendo desde hace una considerable cantidad de tiempo.

En una de esas cartas destruídas le contaba que la primera navidad que pasamos juntos estuve muy preocupado por usted. Yo era simplemente un preso, alguien sin Dios y sin nada, y como tal era natural que tampoco tuviese Dios esa noche. Pero usted, además de no ser preso, era un elegido, un privilegiado, y en el fondo era una alegría para mí saber que ese privilegio o posibilidad existía. Y me hacía sufrir el pensar que se quedara sin dios esa noche, justamente cuando dios nacía. A medianoche, cuando empezó el crepitar de los cohetes, tan distantes, fingí un ataque de estómago para que me abriera la puerta y me permitiese ir al baño. Lo que yo quería era hablar con usted, ayudarle a encontrar a su dios. Cuando me abrió la puerta le dije claramente "feliz navidad, amigo", yo estaba enfervorizado o idiotizado. Usted no respondió. En el baño me quedé parado bajo una luz débil, mirando las baldosas, mientras usted me esperaba afuera. Cuando salí le dije algo más, relacionado con la navidad y la alegría, alguna estupidez sin duda, como las que le decía a mi padre. Y usted siguió callado, como tratando de pasar por alto mi locura de ese momento, parado en el centro de la verdad, no alcanzado ni vulnerado por ilusiones estériles, envuelto en el ángulo ostentoso de su cara, el mismo que tengo presente en este momento: una mezcla de crueldad y desvalimiento, una mueca universal y dolorosa.

Los cohetes lejanos eran solamente ruido pero se podía presentir su luz, el chisporroteo, eso que se podría llamar el centro mismo de la navidad, las doce en punto de la noche, un dios que acaba de nacer, momento tan esperado durante el año asociándolo a la libertad o la clemencia, por aquello de dios, o algo parecido, la promesa de un proceso legal, un lejano juez misericordioso o que por lo menos mirase las cosas en frío. Pero entre el centro mismo de la navidad y el antes o el después, o sea la espera, no había casi nada,

ni siquiera tiempo, era un segundo medido por el ruido de un cohete que no veíamos, un tic que golpeaba en el centro, seguido en el acto por un tac que ya estaba al otro lado del tiempo que ni siquiera era espera, era otra vez el ruido de sus pasos y sus llaves moviéndose distraídamente entre los espacios de los años, era ilusorio esperar la navidad o cualquier otra fecha, ni siquiera fecha, cualquier punto del tiempo era ilusorio. Apoyado contra la pared del cuarto de baño en posición de ataque de estómago por si usted aparecía, me concentré esperando o deseando que sucediese algo para que hubiese navidad, para que la espera tuviese algún fundamento. Y como nada sucedía recordé las descripciones que había leído de los presos en navidad. No sé si recordaba o inventaba, pero los presos cantaban en sus celdas alumbrados con cabos de vela, y gritaban feliz navidad de celda a celda, con voces como humedecidas. Los guardianes se paseaban tolerando esas efusiones de un minuto, que duraban lo que un chisporroteo, y después ordenaban silencio. Y eso era todo, así terminaba la navidad. Pero por lo menos había pasado algo, palabras y la luz de una vela. Yo fingía mi ataque mirando las baldosas rojas del inmenso baño comunitario, esperando que llegasen esas voces, procurando descubrir el resplandor de las velas, pero todo era oscuro y silencioso, incluso el pasillo por donde usted se paseaba esperándome, apenas alumbrado por un resplandor de origen ignorado. Y eso también era todo, ese pasearse suyo era toda la navidad, así terminaba, y los presos callados en sus celdas empezaban a esperar la siguiente, dentro del tiempo real.

En el ataque fingido yo era un niño débil y mi padre había salido a buscar un médico. Estaban las vecinas que venían a cuidarme, ponerme trapos con vinagre en la cabeza, pobre niño él siempre tan enfermo, y esto me permitía demorar el ~~el~~ tiempo de la navidad que pasaba sobre las baldosas, venía desde las celdas silenciosas, cada una con su hombre adentro, incomunicado, venía arrastrándose con la respiración de ellos y recogía la mía, todas juntas en un solo montón de silencio, y se perdían en las otras baldosas, en aquellas adonde no llegaba el resplandor que había en el piso del baño donde yo aguardaba su voz diciéndome que el permiso y el ataque habían terminado, que debía volver a mi sitio, al tiempo. Los cohetes habían cesado hacía una eternidad. Me quedaba la posibilidad de demorar mi regreso hasta obligarlo

a usted a ordenarme regresar, y mientras esa orden no llegara yo podría demorar un poco todavía el momento de empezar a esperar la navidad siguiente.

Entonces me acordé de mi tío Juan cuando mató a su perra, metiéndome otra vez en el tiempo que no es tiempo, que va a serlo a cada momento pero se le demora a uno por adentro. Cuando vio al tío Juan con la escopeta en la mano, la perra comprendió que él iba a matarla. Y lo siguió, porque había nacido para obedecerle y porque él además tenía la escopeta. La noche anterior había dicho claramente: "mañana voy a matar la perra". Nadie pidió explicaciones. Sabíamos que si hubiese sido perro no la habría matado. Las perras en cambio atraían a todos los perros del pueblo en sus épocas de celo, después nadie quería aceptar los cachorros si eran hembras, y esto molestaba al tío Juan. Además había dicho que esa perra no tenía nada particular, nada importante. Yo pensaba que principalmente estaba viva. A pesar de eso, iba a matarla.

Era verano y el mundo estaba hermoso. Ibamos por la orilla del río, y al llegar a la punta donde terminaban las casas mi tío subiría por la colina para matarla en ese descampado que había arriba, para que el olor no molestase a los vecinos. La perra, de tanto en tanto, gemía y se adelantaba a mi tío, se echaba al suelo para llamar su atención, para que él se detuviese. Él seguía caminando sin mirarla y entonces ella se levantaba, trotaba un poco detrás de él con la lengua afuera y volvía a adelantarse para echarse a sus pies. Cada vez que se echaba se orinaba, siempre tenía un chorrito de orina para cada miedo. Era su único gesto implorativo. Todo lo demás parecía normal, como si de algún modo aceptase el sacrificio pero no queriendo llegar a su consumación sin haber intentado algo para evitarlo.

Yo también quería evitarlo. Normalmente mi tío respondía a mis preguntas lo mismo que mi padre, con un silencio o una seña para que me fuese. La pregunta de ahora tendría que ser fuerte, sabia, que lo obligase a hablar, para salvar a la perra. "Tengo que pensar algo importante, relacionado con algo

que impida que lleve a cabo la muerte de la perra, con el tiempo, con la oscuridad por ejemplo, decirle que cuando lleguemos arriba ya será de noche y no tendrá buena visión, la perra podría escaparse por ejemplo, o fallar el tiro, mejor dejarlo para el día siguiente. O que ha llegado alguien muy importante, decisivo para mi tío, y lo espera en la estación, se trata de algo urgentísimo, caso de vida o muerte, pronto por favor, va a tener que dejar la perra para otra oportunidad, una verdadera lástima pero es así . Pero nada. El cielo estaba claro, los pájaros cantaban, los horneros buscaban barro y pajas en la orilla del río para hacer sus nidos, y la estación de trenes por donde alguien podía llegar estaba muy lejos: en el pasado, en otra ciudad hacía mucho tiempo. Habíamos dejado atrás el río, lo habíamos cruzado sin darnos cuenta, lo sabíamos por los extremos de los pantalones mojados. La perra también estaba mojada y ascendía por la colina pisando esqueletos de caracoles blancos.

Los últimos vecinos saludaron a mi tío normalmente. Todos sabían que iba a matar a la perra y lo aceptaban como un hecho normal. Y al saludarlo le decían cosas congruentes, sobre el tiempo y la salud por ejemplo, nada relacionado con la perra, eran cosas que mi tío podía comprender, que existían en el mundo de lo real, no como las que a mí se me ocurrían, que eran puro sonido sin significado. Yo era el único, por mi actitud diferente, que podía intentar que no la matara, y no se me ocurría nada, no tenía palabras. Las palabras estaban ahí mismo, cualquiera podía decir las, pero yo no sabía tocarlas, eran millones y existía una sola valedera, estaba mezclada, perdida en el fondo de los sonidos, en otras ciudades y otros tiempos. Tenía que haber palabras importantes capaces de detener la marcha de mi tío. Dios, por ejemplo. Pero nada, también estaba en el pasado.

Mi tío vio una mancha blanca entre la hierba florecida y sin detenerse me dijo que allí había caracoles vivos. Lo dijo casi con cariño, tan familiarmente, dentro de la dureza que siempre tenían sus palabras, y se agachó rápidamente para recoger algunos. La perra aprovechó esa vacilación o postergación momentánea de la muerte para echarse ante él impidiéndole seguir y yo me

hundí en el fondo de mi mente buscando la palabra salvadora. Otro chorro de orina y los ojos casi cerrados, las patas abiertas dejaban ver las mamas todavía hinchadas por la leche con que había alimentado los cachorros que mi tío regaló dos días antes. Me dio tres caracoles que escondieron sus cabezas, y con la punta de la escopeta empujó a la perra para que se levantara. Era como si ya estuviese muerta y él con el caño tratara de darla vuelta a ver si había cerrado los ojos o tiritaba todavía. Y entonces las palabras me llegaron a la boca, sentí cómo se articulaban en contra de mi voluntad, el motivo de arrepentimiento más horrible y estúpido de mi vida:

-Las perras, ¿existen realmente?

Al poner en duda su existencia, mis palabras en realidad estaban anticipando la muerte de la perra. Pero las palabras ya estaban en el aire. Me quedaba la posibilidad de que mi tío no me hubiese oído, como casi siempre, y no respondiese. Sin embargo dijo, dándole una tremenda importancia a mi pregunta:

-Desde que el mundo es mundo.

Ya estábamos en el descampado, lejos de las casas, ni siquiera el ruido del tiro llegaría al pueblo, el viento se lo llevaría en dirección contraria. En las baldosas del cuarto de baño comunitario estaba el descampado y desde las celdas tenía que venir algún rumor que no venía. Usted tenía que llamarme, decirme que debía volver a la celda, que daba por terminado el ataque (que por otra parte sabía que era fingido), pero no me llamaba ni se oían sus pasos por el pasillo. La perra estaba viva, principalmente. Se había echado sin abrir las patas, como tratando de cerrarse, de protegerse con su propio cuerpo, y cerraba con su cuerpo un círculo verde del suelo salpicado de esqueletos de caracoles blancos, lo cerraba hasta sustituirlo con su pelo todavía mojado y tembloroso. La cabeza estaba mirando hacia abajo, como para comprobar que todo había sido cerrado intentando la salvación. Después la cabeza se alzó y la lengua lamió el caño de la escopeta. Mi tío levantó el percutor y yo cerré los ojos como para evitar el estampido. Algún cohete sonaba todavía, a destiempo, muy lejos, confundo por relojes atrasados. Salí del baño sosteniéndome los pantalones como el primer día. Usted estaba muy cer-

ca pero no era visible. A lo mejor iba a mi lado y yo no lo veía porque caminaba mirando fijamente las baldosas imaginándolas salpicadas de esqueletos de caracoles blancos. Reingresé en mi tiempo y yo mismo cerré la puerta, y enseguida oí que usted le echaba llave. La navidad había terminado, con un poco de ventaja en el tiempo empecé a esperar la otra.

Esperaba el sueño pensando en la respuesta de mi tío. En realidad fue como un regalo inmerecido a una pregunta tan estúpida, inoportuna y mal formulada. Después de todo en sus esquemas del mundo esa respuesta era como un acto de piedad, al fin y al cabo era lo único que él podía decir relacionado con la salvación de la perra, de ese ser viviente que era la perra desde que el mundo es mundo. Me estaba diciendo, pensaba yo, que a pesar de eso la mataría; que el hecho de matar es completamente independiente y nada tiene que ver con el hecho de vivir. Yo había pensado siempre que era un ser libre, y que en circunstancias normales ~~uno~~ uno es como si fuese inmortal. Que con la vida uno adquiría también una garantía. Mi tío había demostrado lo contrario, y esto me permitía ahora estar seguro de mi inocencia. Si me sacaban de la celda para matarme, como habían hecho con otros, no sería porque hubiese cometido algo monstruoso sino porque principalmente estaba vivo.

Me dormí después del cambio de guardia y soñé que mi padre llegaba en puntas de pie y conversaba con usted en la región más iluminada del pasillo. Tenía miedo de que mi padre me acusara de algo muy malo que yo hubiera hecho, que trajera del fondo del tiempo una culpa desconocida. Castíguelo como se lo merece, decía mi padre, y usted, en un gesto bondadoso, dudaba, se llevaba una mano al mentón para pensar. Mi padre le decía que yo había matado una perra inocente, y esto me hacía temblar el corazón de frío, me temblaba como dientes que se golpean escarchados, al lado de la crueldad de mi padre usted era inverosímilmente bueno. Al final de la conversación, sin embargo, mi padre, hablando en voz baja para que yo no lo oyera, le pedía que me cuidara, que me arropara en invierno porque sufría mucho el frío, decía que en el fondo yo era bueno, que había sido hijo suyo desde toda la vida, desde que el mundo es mundo. Y usted no decía una palabra, pensaba y le palmeaba la espalda como diciéndole vaya tranquilo, lo cuidaré tal como lo haría usted mismo.

Esa navidad, por todo lo esperado y recordado, fue la única importante. Las demás pasaron como cualquier noche de cualquier año, apenas diferenciadas por los cohetes lejanos, pasaban sin tocarnos, sin alterar la rutina. Antes que llegara la siguiente yo ya estaba arrepentido del acto pueril de fingir un ataque de estómago para desearle feliz navidad, me parecía peor que preguntar si las perras existían realmente. Ninguno de nosotros se quedaba arrimado a la puerta hasta las doce de la noche para oír los ruidos externos de la navidad. Cuando empezaban a tirar cohetes y el aire oscuro se llenaba de colores artificiales, ya estábamos durmiendo o esperando la hora del cambio de guardia y el recuento para poder dormir tranquilos aunque fuese un par de horas sin linternas que nos alumbrasen o cualquier otro tipo de interrupciones. Ya no me acordaba ni de mi tío, ni de la perra ni de mi padre. Me interesaba, como en cualquier noche sin navidad, que llegase pronto el cambio de guardia para dormir sin sobresaltos. Después me dormía y no soñaba. Simplemente estaba allí, como siempre.

A veces, a tanta distancia, mirando los parques interminables de estas ciudades del exilio, siento que con usted una parte importante de mí se ha perdido. Hay una nostalgia de ciertas líneas de su cara, su aire ligeramente indígena, y perdiendo la mirada en los parques, sin pensar nada, sin ver nada más que grandes árboles y espacios muy quietos, estoy cerca de usted, siento la proximidad de sus manos, que nunca me tocaron, dándome de comer. En estos parques inmensos es posible cierta forma de recuperación de lo perdido allá. En medio de arboledas y ámbitos indeterminados hay un centro preciso donde sin duda está usted con sus llaves y sus silencios, solo, sin prisioneros, sin linternas y sin pasos en la noche, sobre el césped abierto a la luz. Sé positivamente que si yo tuviese capacidad para penetrar estos parques casi inexistentes por su extensión, lo encontraría. Me echaría a andar por los senderos sinuosos sin distraerme en las estatuas o en las fuentes, despreciándolo todo con la mirada puesta adelante hacia esos centros precisos. Lo buscaría a usted decididamente, sin vacilaciones ni reservas. Mejor dicho, lo bus-

co, lo estoy buscando. Lo he hecho muchas veces. Voy con mi familia, los domingos, paseando en autobús por la ciudad que apenas conocemos, y cuando descubro uno de esos parques me bajo en la parada próxima, pido a mi familia que por favor me dejen solo. Nos veremos más tarde, les digo, y ellos comprenden, saben lo que busco, me han visto muchas veces bajar y correr hacia los parques, saben que eso significa calma para mí. Ahora bien, yo camino en los parques buscándolo, pero con la certeza de que si lo encontrase huiría. Un nuevo encuentro con usted sería intolerable para mí. Me apresaría nuevamente, por las mismas razones que tenía mi tío respecto a su perra. Todavía no sé qué palabra podría pronunciar yo para detener la acción suya o la de mi tío. Es una palabra que desapareció hace mucho tiempo del corazón de los hombres. Porque antes desapareció del corazón de Dios. Porque Dios mismo desapareció: cuando mi tío mató la perra ya se había ido. Solamente quedamos usted y yo, especies de sobrevivientes de un naufragio.

Entre los restos del naufragio ya podríamos hablar como viejos amigos. Yo soy ese hombrecito que usted vigilaba allá, ¿se acuerda? Hombre, lo felicito por haber salido finalmente, se ve que ha tenido mucha suerte, me dice usted desde ese centro inhallable de los parques del exilio. Habla casi naturalmente, con prudentes reservas, como si aquello que sabemos tan bien no fuese un suceso remoto (¿remoto?), con estas canas, estas arrugas y esta inclinación cansada de la cabeza sobre la tierra de pronto piadosa, con esta vejez ganada en el suplicio, vejez a contraluz de nuestra juventud física, a pesar de la fuerza que todavía tenemos para seguir siendo un opresor y un oprimido.

Como dos jubilados tomando sol en un parque de la ciudad. Sí, me parece que me acuerdo de usted. Se refiere a aquel lugar, ¿no? Bueno, han pasado los años y creo que aquello ya no tiene importancia. Pero creo que usted era ese hombre que siempre tenía frío y me pedía colchas que yo no podía darle. No, le digo yo, no soy el que usted dice, aunque ese también existe, su celda estaba justo al lado de la mía. Yo soy el que lloraba cuando usted le daba de comer. ¿Que lloraba cuando yo le daba de comer?, dice usted buscando inútilmente en su memoria, ni siquiera he podido llegar a convertirme en uno de sus recuerdos. ¿Llorar porque le daban de co-

mer? No me acuerdo, pero me parece absurdo: cualquier preso se alegra cuando le llevan la comida. Y usted, que nunca estuvo equivocado como yo, que siempre vio las cosas como son y nunca como uno desea que sean, se asombra de que yo recuerde esos detalles. Son cosas muy viejas, dice usted, no tienen ninguna importancia, con el naufragio se acabó todo eso.

Por estos parques interminables de una ciudad que nunca llegaré a conocer cabalmente suelo pasearme con una perra. Ella camina confiada a mi lado, sabe que soy su conexión segura con el mundo, con la inmortalidad de la vida, puede creer con fundamentos que la existencia es indestructible. Corre, se aleja, vuelve, tiembla de pura alegría y de vida desbordante. Yo la espero, de pie en el centro del parque, procurando no mirar lo que miro: su cuerpo cerrándose en el suelo hasta hacer desaparecer la hierba y los esqueletos de los caracoles blancos.

PARAISO

Los Testigos de Jehová aparecen de repente en una esquina, reparten literatura sagrada, revelan la existencia del final de los tiempos, anuncian el Nuevo Reino, y después desenfundan sus instrumentos musicales, tocan músicas salvíficas, resplandecen.

Uno va caminando por la ciudad, pero en realidad está huyendo. Uno se detiene ante los Testigos para disimular, para fingir una paz que no existe. Ellos predicán la salvación del alma, pero lo que uno busca es la salvación física.

Los instrumentos de viento brillan al sol mientras adelantan el Paraíso. Hay incitaciones y súplicas en forma de sonido, arrullos y confesiones, duérmeme mi niño, los leones duermen cuando llega la música, se duermen bajo los pantanos. Hay rostros diferenciados de la multitud, aunque mirando bien ellos son la multitud misma. No son los instrumentos los que brillan al sol: son los rostros, recién bañados, recién nacidos. Aunque hace mucho que están allí, acaban de aparecer. Aparecen en cada instante. Una cara que parece particularmente sagrada, tiene sin embargo el aspecto más común de la multitud, La diferencia está en que ese hombre no tiene miedo. Algo lo asiste. Para hallar a Dios es preciso no estar solo.

Cuando terminen de tocar tendremos que irnos, seguir andando por las calles de esta ciudad que mata a sus hijos. A ellos no porque son testigos de Dios. Por eso están quietos, por eso no van por las calles como nosotros, por eso no tienen miedo. Los que caminan y tienen miedo son hijos de esta ciudad y de estos tiempos.

Siendo sus caras normales, sus rasgos como los de cualquiera. bastaría entonces con que uno tuviera esos mismos rasgos, no para salvarse como ellos, pero por lo menos para empezar a no tener miedo. Pero uno alza la mano y se toca la cara, y entonces. Dios mío, palpa las deformaciones producidas por el miedo de estar en estas calles.

Todavía hay luz diurna. En cuanto comience a oscurecer ellos se irán. nos dejarán solos en la oscuridad que huele a huesos que crujen.

En medio de la ejecución algunos dejan de tocar para cantar. La voz del saxofonista es una parte del aspecto de flores no contempladas que tienen todos en la esquina de la ciudad crepuscular.

Cuando ellos se vayan (esta es la última pieza que tocan, por eso han cantado), todos los que no somos ellos, los que estamos parados aquí, escuchando, quedaremos solos en esta ciudad. Ellos lo saben. Por eso prolongan el concierto todo lo que pueden, por eso repiten varias veces cada parte de sus partituras.

Pero toda música tiene su final. No hay músicas infinitas en este mundo. Ellos se irán hacia sus viviendas apartadas, lejos de las calles oscuras, acaso preocupados por nuestra suerte, pero se irán. Y enseguida vendrán otros hombres a decirnos que el concierto ha terminado. A obligarnos a caminar otra vez por este desierto, por este destierro.

* * *

LA ALEGRIA DEL CAZADOR

A estas alturas ya nadie discute la probabilidad de que uno entre en su casa y se encuentre con un animal grande y desconocido. En tiempos menos intensos esto mismo hubiera parecido un sueño o algo así como un peligro geológico remoto. Ahora, cada vez que uno abre la puerta, sobre todo de noche, se abre también la posibilidad de oír su respiración antes de encender la luz y de ver su forma correspondiente al encenderla.

Se dice que mucha gente logró dominar estas presencias, domesticarlas, matarlas o tolerarlas. Los más débiles no pudieron sobrevivirlas y otros abandonaron sus casas y ciudades ante la imposibilidad de afrontar un hecho semejante. Finalmente los incrédulos lo niegan todavía diciendo que a ellos nunca les pasó nada.

Estos animales tuvieron su edad de oro cuando sus existencias no eran presentidas por los hombres. Podían convivir con nosotros, apenas ocultos, y pasaban desapercibidos. Gozaban entonces de una confortable categoría de supersticiones o de fábulas. Como los ignorábamos, no podíamos percibirlos. Cuando descubrieron que la razón humana había conseguido sacarlos de la sombra, acoplaron sus ruidos y costumbres a los nuestros. Desde entonces viven en nuestro ritmo y en cierto modo nos habitan. Duermen cuando dormimos. Vigilan cuando vi-

gilamos.

Cada vez que llego a mi casa tengo la certeza de que él está ahí. De otra manera la abrumadora cantidad de indicios que soy capaz de percibir no tendrían explicación. A pesar del miedo, que no he podido superar en tantos años de búsqueda, no enciendo enseguida la luz. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y en esas condiciones puedo recorrer toda la casa sin equivocarme, destapando baúles, abriendo guardarropas, espiando debajo de las camas. El también está habituado a esto y sin duda se desplaza durante mi recorrido. Enciendo la luz únicamente cuando tengo presunciones más o menos ciertas de que el animal aparecerá enteramente, sorprendido en medio de la habitación o detrás de una puerta. Generalmente llevo un arma en la mano, lista para atacar y defenderme. A veces, lamentablemente, por caprichos de la rutina, uno ha olvidado el arma pero cree llevarla, y enciende la luz completamente indefenso. Me ha pasado muchas veces, y es gravísimo el riesgo. Por más seguro que uno esté de algo, hay momentos en que pierde todos los atributos de la seguridad y la confianza; mejor dicho, ya han desaparecido cuando uno los está buscando inútilmente. (Tengo que ver esto, es una de las tareas urgentes que me he impuesto desde hace tiempo; lo tengo anotado en un montón de papeles quizás perdidos, pero que de todos modos me aseguran la certeza del propósito de llevar a cabo una investigación seria sobre esta peligrosa falta de cuidado).

Yo estudié zoología procurando, a través del conocimiento de las formas conocidas, la percepción de las que se desconocen, de posiciones y actitudes vitales no cubiertas por las líneas evolutivas. Mis cuadernos de dibujo contienen millares de esas formas. Una de ellas, estoy seguro, coincide con la del animal que tenemos metido en casa desde hace tanto tiempo.

El problema, para mí, no es ahora de percepción, sino puramente mecánico. Cada vez que entro en casa ensayo un desplazamiento nuevo, rozamientos sesgantes, complicaciones geométricas, velocidades inteligentemente demoradas, en busca de sus misteriosas actitudes. Su condición, su naturaleza, que todavía ignoro, le da muchas ventajas en este juego y consigue eludirme siempre.

Mi familia compartió mis temores mucho tiempo, sobre todo cuando los hijos eran pequeños. Crecidos, están capacitados para gritar o defenderse, y creyendo que eso es suficiente ahora ya nadie se preocupa aquí, se han olvidado de los antiguos temores, duermen confiados en la noche propicia. Yo cierro las puertas permanentemente, pero sucede que están siempre sin llave o entreabiertas porque ellos no le dan más importancia a este asunto. Ni siquiera temen que el animal pueda venir desde afuera, que viva afuera y sólo venga por las noches. Yo no creo que viva afuera, porque está en casa, pero no descarto la posibilidad de que salga y regrese según lo necesite.

Las otras noches estuve a punto de descubrirlo. El animal estaba en el cuarto de baño. Fue inútil que él abriera muy despacio la puerta para entrar, mi oído es agudísimo y me permite oír ruidos imposibles. Caminé despacio hasta el lugar, sin encender luces. A pocos pasos de la puerta que lo ocultaba, su olor era perceptible. Por no perder una oportunidad tan buena no desperté a mi familia para decirles vengan, vengan y sientan, vengan y desmientan si es que pueden, vengan a ver cuánta razón tenía yo, vengan para que los perdone por haber dudado; en fin, esas cosas que uno va guardando para poder decir las algún día. Era el olor indudable de una bestia del monte. Tomando por punto referencial ese olor, deduje y supe que tenía pelos gruesos y sucios, como los del chanco del monte, aunque su posible aspecto fuese más bien el de una cabra salvaje deformada. Las pezuñas que sin duda tenía permitía intuir sus costumbres inmediatas. La cara, en cambio, era difícil de presentir por la gran cantidad de pelos desordenados crecidos allí durante las vigili-
 as. Respiraba, esto no podía evitarlo la bestia, al mismo tiempo que yo, me bastó contener un instante mi respiración para oír claramente la suya unos segundos solamente porque también la contuvo. Por el peso que se adivinaba sobre el piso, no estaba en la posición normal de un cuadrúpedo. Estaba erguido (o erguida), apoyando dos patas en la pared para adaptarse al poco espacio existente detrás de la puerta. A todo esto lo deduje fácilmente por el olor. A pesar de que una vez más no tenía las ^{armas} ~~ramas~~ encima, empujé la puerta con

violencia, dando un grito a la vez para no oír el ~~grito~~ que pudiera dar el animal, que se confundiesen en uno solo, como las respiraciones. No estaba allí, pero subsistía su olor. Sin duda saltó, trepó por la pared para ganar la ventana, que está cerca del techo. Y otra de las cosas urgentes que debo hacer pronto es poner rejas en esa ventana. Busqué con la lupa cualquier resto de pelos o rayaduras en el piso y las paredes. No encontré nada.

¿Qué busca en casa? ¿Por qué me persigue? ¿Tengo yo algún rasgo común con él? No es comida lo que busca. Hemos hecho muchas pruebas. Nunca falta nada. Los residuos son cuidadosamente observados antes de dejarlos al descuido, y al día siguiente están intactos. De una cosa estoy seguro: busca calor humano. El calor de nuestra existencia. Seguramente cuando todos dormimos se aproxima todo lo más que puede para recibir una parte de calor. No del calor físico (su piel es mucho más abrigada que nosotros): busca aproximaciones. Lo mucho que he meditado sobre su psicología, partiendo a veces de su forma posible, a veces de su olor, pero sobre todo de sus actitudes, me permite suponer todo esto. De lo contrario no hubiera convivido tantos años con nosotros. Se hubiera ido, hastiado o harto. Sin duda hay algo en mí que lo atrae particularmente. Yo mismo he empezado a estudiar mi forma para descubrir en mí el rasgo que lo atrae.

Es muy posible que tengamos rasgos comunes. A veces, cuando mastico, me muerdo las partes internas de la boca como si tuviera dientes de más. Tengo la boca llagada por dentro. Y cada vez que me muerdo me siento un monstruo que se devora

a sí mismo por pura torpeza, por confundir el acto histórico de comer con quién sabe qué costumbres ancestrales. Cuando me afeito descubro en mí actitudes que no son de mi personalidad. Para verlas mejor finjo afeitarme, sin instrumento alguno, haciendo con la cara todos los movimientos que provoca el acto real de afeitarse. Es increíble la cantidad de rasgos desconocidos que surgen entonces. Para ahondar más, abandono esa gimnasia y me quedo muy quieto mirándome escrupulosamente la cara ante el espejo, y advierto actitudes que no son de mi naturaleza, apenas disimuladas por las cejas, el mentón tan conocido, las cejas, la distancia entre los ojos, la salvadora ubicación de la nariz. Es como si me mirara él. Esto, lejos de desalentarme, lejos de perderme en otras interpretaciones, me da más fuerzas para continuar al acecho. Significa que no somos tan extraños el uno para el otro, significa que algo de común tenemos, un vínculo muy lejano que justifica la búsqueda, algo que nos permitirá entendernos finalmente.

Volviendo a los motivos de su presencia en casa, no creo que se sustenten en la agresividad como fin, aunque haya motivos para estar seguro de que eventualmente pueda utilizarla como medio. La presunción de que salga y vuelva periódicamente permitiría pensar que uno de los factores de esta realidad es la costumbre, aunque antes de caer en la costumbre haya tenido motivos concretos para elegir mi casa como madriguera. Además, ¿qué sabemos de la naturaleza de los monstruos? Mucho tiempo se ha perdido en una aproximación lúdica a este aspec-

to tan ostensible de la realidad, descuidando su verdadera identidad. Y si es cierto que estos animales buscan el calor humano, la aproximación no necesariamente física, y además lo hacen por costumbre, quiere decir entonces que tienen una inteligencia mayor que la que les suponemos, una inteligencia que, acuciados por su condición de intrusos en nuestro mundo tan cerrado, pueden volver contra nosotros en cualquier momento. De allí los riesgos de mi búsqueda, de mi acción, que no pasa desapercibida para su inteligencia peligrosamente mezclada a sus instintos. El conoce cada uno de mis movimientos, y mientras pueda evitarlos con un simple desplazamiento no me atacará, pero si éstos pueden volverse peligrosos para él a fuerza de perfectibilidad, entonces es seguro que en cualquier momento dará el zarpazo.

Por eso hay períodos en que no lo busco, lo dejo descansar para atenuar su posible violencia. Es cuando en casa se ponen contentos y piensan que he abandonado mis prácticas, cuando piensan que ya no hay peligro. Y es cuando más peligro hay. Lo hago simplemente para equilibrar la ansiedad acumulada, para darle un respiro a la bestia y tenerlo yo al mismo tiempo. Pero estos períodos coinciden con su mayor actividad, es cuando se acerca de noche a los lugares más próximos a nosotros; cuando, para él, se produce la comunicación plena.

Una de las dificultades grandes está en el desconocimiento de su forma; porque por más dibujos que haya hecho o haga, por más que trate de conformarme con alguna aproximación elegida sin rigor, producto del deseo, su forma, no quiero en-

gañarme, me es desconocida todavía. Me digo que es un cuadrúpedo. ¿Pero cómo lo sé? ¿Por qué es cuadrúpedo? Será porque desde hace años descarté la posibilidad de un insecto, debido a su olor evidente, a su inteligencia, al volúmen que positivamente sé que tiene. Se trata de un volúmen considerable, a mitad de camino entre el de una cabra y un puma. Incluso ha crecido en tanto tiempo. Cuando él está en la casa y yo llego, se me eriza la piel. Un insecto no provoca esta reacción. Un animal grande, sí. Además alguna vez encontré pelos. Yo afirmé que le pertenecían, y en casa nadie pudo demostrar lo contrario, pese a la violencia con que se opusieron a mi afirmación. En el suelo muchas veces aparecen rayas, que si bien pueden reconocer orígenes diversos incluyen entre ellos al monstruo. Cada vez que hicimos limpieza general apareció un indicio: olores, rayaduras, trapos amontonados como para dormir, parásitos. A pesar de lo sorprendente de estas limpiezas, siempre hay un espacio de tiempo para él (o ella) que le permite salir y esconderse.

Hace unos años, creo, después de una limpieza así, mi mujer (aunque nunca habla de esto porque dice que la entristece y la avergüenza) me preguntó si todavía creía en la existencia del animal. Yo no vacilé para responder, porque nunca vacilo cuando se trata de estas cosas, y le dije inmediatamente que no era un problema de creer o no creer, yo no creía nada, el animal simplemente estaba y su condición de algo que está era independiente de cualquier creencia que uno pudiera tener so-

bre su existencia real. Ella dijo que así no podíamos vivir, y se fue a otra pieza, creo que a llorar, no esperó mi respuesta, una respuesta que, por otra parte, no hubiera llegado nunca porque no estaba en mí, porque sencillamente no comprendí sus palabras. Ya sé que así no se puede vivir. Pero por lo menos hago lo posible.

Ultimamente hay muy poca comunicación entre los miembros de esta familia que constituimos hace tiempo para enfrentar la vida todos juntos. Me excluyen. A veces están hablando tranquilamente y cuando llego yo cambian de tema, no porque estén hablando de mis cosas, cambian de tema porque no me consideran apto para sus conversaciones. Aunque esto pueda molestarme un poco, no puedo prestarles toda la atención que merecen ni reaccionar de acuerdo con mis sentimientos porque estoy siempre muy ocupado en mis asuntos, mejor dicho en este asunto del animal que algún día resolveré para bien de todos.

Ellos me piden pruebas. Precisamente esta necia actitud de pedir pruebas es lo que les impide sentir la existencia de esa cosa. Yo no puedo darlas. En este sentido, estoy tan desvalido como el animal. Por eso me limito a una acción, a una actitud definida. Para colmo, las pocas veces que hago referencias al asunto todos callan, no me responden, ni siquiera me miran a la cara, bajan los ojos como avergonzados o entristecidos o temerosos. Ni siquiera el saber que mi padecimiento es por el bien de todos provoca en ellos un gesto de comprensión. Son indiferentes, van a las fiestas, dejan la casa sola, proyectan vacaciones, hablan de los estúpidos su-

cesos de la vida cotidiana, de las noticias intrascendentes que salen en los diarios. Del animal, nada. Nunca.

Sé que en el fondo me quieren y que este asunto no ha vulnerado sustancialmente las relaciones con mi mujer y mis hijos. Durante los períodos en que me callo y me quedo quieto para aplacar las posibles iras del habitante, ellos me hablan, me cuentan sus cosas, me dicen cómo van en el colegio, cómo anda todo por ahí. Y esto bastaría para convertirme en el simple hombre satisfecho si no fuera por esa presencia oculta entre nosotros.

A veces me siento fatigado. Los años pasan y este asunto continúa sin variantes. Pero hay una esperanza: el animal envejece y se pone cada día más torpe. Sus movimientos ya no son ^{aptos} ~~patos~~ para sus designios. Esta inevitable alteración física puede resultar definitivamente útil para mí. Una noche cualquiera no podrá desplazarse con la rapidez de siempre cuando sienta que abro la puerta de calle. Entonces se quedará parado en medio de la habitación, indefenso, esperando el sacrificio o la conmiseración, cuando yo encienda la luz. Cerrará los ojos para no verme y esperará cualquier cosa, cansado de todo. Si es horrible como pienso, tratará de disimular su aspecto de algún modo, el temblor del miedo le restará grandeza a su ferocidad agotada. Si no lo es, abrirá en vano una boca llena de colmillos gastados y ya inútiles que no podrán atemorizar a nadie. Cerrará los ojos y estirará el cuello al filo del cuchillo.

Pero no sé si lo mataré. Por otra parte, nunca fue ese mi

propósito. Cuando lo vea, habré descubierto la parte más importante de nuestras naturalezas, o sea que tendré la certeza total de la existencia. Estiraré las manos como para tocarlo, para estar seguro de su calor y su respiración. Acercaré poco a poco mis dedos hacia el ámbito casi inmortal de su cabeza, los iré estirando poco a poco para tocarlo, y entonces, me parece, lloraré de alegría.

EN LA ATMOSFERA

AIRE (gr. aer) m. Fluido que forma la atmósfera de la Tierra. El aire puro es una mezcla de varios gases, siendo los principales el oxígeno y el nitrógeno o ázoe. El aire contiene aproximadamente 21 partes de oxígeno por 78 de nitrógeno; encierra, además, argón, gas carbónico, vapor de agua y huellas de algunos otros cuerpos. Es indispensable para la vida de los animales y las plantas.

El diccionario

Y ahí te dejan dando vueltas en un jardín amurallado. Y cuidado con salir: los ríos serranos son tremendos en verano. El peligro de ahogarse es permanente. Las crecientes. Uno apenas ha alcanzado a oír la cabalgata que se va y ya está solo dando vueltas por senderos que siempre terminan contra las paredes blancas. La familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río.

Pero antes de irse han hablado con la vecina, y entonces viene la Polola. Ella te cuida. En realidad te dejan jugar con la Polola. Ella es el premio si uno no se escapa. Y detrás de ella llegan los de siempre. Todos amurallados bajo nubes y lloviznas. Maqueta, utilería, puro cartón pintado. La obra ha comenzado, mejor dicho está por terminar y ya nadie puede modificar el argumento. Estamos en la atmósfera, que obliga a existir o a resistir a plantas y animales.

Ellos son las caras extrañas que aparecen cuando se va la ca-

balgata, los maestros desconocidos que te harán un hombre, es decir un adulto, esa fijación compulsiva, ese tomar la vida a la tremenda, por qué no poder quedarse en los diez años o en el sueño por ejemplo. Pero ahí mismo aparecen la Polola el señor Palcos la Tununa el señor Hidalgo Gratchen las Pecosas cada uno con su cara para siempre, los choncacos se pegan en las piernas cuando uno cruza el río. O uno se pega a ellos, quién lo sabe. Todo es posible cuando se han ido todos en una cabalgata y te han dejado solo en una casa grande. Todo es posible a la hora de la siesta, solo con la Polola en una casa sola.

Ellos estaban ahí cuando uno iba entrando como podía en esa epifanía delirante que Tununa llamaba la vida. No sé si tan delirante, pero eso. Lo que pasa es que hoy me levanté con ideas negras, llueve en Madrid como en un tango, por la ventana de la bohardilla se cuelan las gotas como gatos friolentos, y hurgando hurgando me di cuenta de que me había traído a Madrid a todos ellos.

Hay demasiado choncaco en los ríos de las sierras. Si uno al cruzarlos demora más de lo debido se pegan en las piernas. No duelen, tienen una baba que adormece la piel; ~~para~~ cuando uno llega a la otra orilla se da cuenta pero tarde, ya están metidos en la carne. Y es difícil sacarlos, se ^mropan, siempre queda una mitad adentro. Hurgando hurgando los encuentro en Madrid, absurdos como haber traído un carnet de conducir vencido o el bolígrafo que nos regalaron cuando pasamos de grado en el colegio. Absurdos como la palabra choncaco. Ellos esta-

ban ahí cuando se fue la cabalgata y empezó todo esto. A ver entonces si recordando la entrada uno puede entender algo de algo en el parque cerrado, lo absurdo de un jardín cerrado y las lejanas cabalgatas y el río para ahogarse. Jugando con la Polola uno se distrae aunque las murallas no se muevan. Cosa importante entonces poder comprender algo de todo este barullo en el estruendo. Después de todo es razonable que estén aquí conmigo: Madrid bajo la lluvia se parece a un jardín amurallado. Alguien habló con la vecina y entonces la Polola vino otra vez con todos los demás, la familia puede cabalgar tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río.

La entrada ^{en la atmósfera} /es cruzar todos los días un puente de madera sobre un río espasmódico inventado por las crecientes, irse por la calle de tierra y al final encontrarse con Tununa. Muchacho, hay que ganarse la vida, tus obligaciones son limpiar barrer matar las moscas y armar cajas de cartón en ese sótano para guardar los dulces y los frascos porque así es la vida, dijo Tununa todo de corrido en medio del salón de ventas. Dulces y masas de todo tipo para los mil turistas que venían de Buenos Aires todos los veranos, alquilaban caballos y compraban dulces y alfajores hablando con la erre y con la ye. Y al año siguiente uno iba cruzando el mismo puente pero ya no había río, cambiaba de curso con las crecientes y luego quedaban los puentes inútiles que la gente seguía usando por costumbre hasta que se podían y caían.

En ese clima había dos posibilidades de estar vivo; fabricar

dulces o tener muchos caballos para alquilar a los turistas que inventaron ese pueblo. Lo inventaban en verano y se iban cuando aparecían los primeros fríos. Nosotros no teníamos fábricas de dulces ni caballos, pero podíamos vivir cerca o alrededor de esas cosas levantando cosechas o matando moscas. Las Pecosas envolvían frascos en el mostrador, ponían los alfajores en las cajas de cartón que yo armaba en el sótano, suspiraban cuando el cliente era Roberto Airaldi. Yo le llevaba los paquetes al coche, tomá pibe la propina. Ay, me duele el corazón, en letra de vals decían las Pecosas, y Tununa se reía; para ella Roberto Airaldi era un cliente como cualquier otro. Claro. ella tenía al señor Palcos, que los sábados venía de Córdoba y la amaba. Las Pecosas no tenían nada, iban solas al cine y leían revistas de suspiros.

Cada invierno los porteños se iban como para siempre, el río cambiaba de curso y los puentes para qué. Enseguida empezaba a nevar y los albañiles a salir de sus casas. Apilaban ladrillos bajo la nieve, construían más hoteles para más turistas y nuevos puentes sobre el río arisco. Nieva sobre los albañiles y sobre los altoparlantes en los postes de la luz donde los tan-
 gos hablan de la vida.. Apenas/^{aparece}~~parece~~ la nieve, Tununa se planta en medio del negocio; y nos llama a todos. Gretchen sale de la Caja, las Pecosas del mostrador, yo que vengo del sótano. Mis queridos, dice Tununa con esa voz que tiene los sábados; que no viene el señor Palcos, mis queridos, ya sabemos lo que pasa cuando llega el invierno: o aceptamos trabajar por medio sueldo o todos a la casa, son órdenes del señor Hidalgo, en este pueblo

el turismo de invierno es casi nulo. Y entonces todo el invierno déle limpiar lo limpio, matar moscas inexistentes, mover los frascos, llevarlos a otra vitrina y después a ponerlos donde estaban. Gretchen desde la Caja mirando afuera como no sabiendo que es hermosa, las Pecosas en su mostrador leyendo revistas o envasando caramelos, Tununa en su habitación haciéndose los rulos para el sábado que pertenece enteramente al señor Palcos. De vez en cuando aparece la Polola, sacude su cabello como si estuviese mojado, se lleva un frasco de guindas en almíbar, ondula cuando sale. Uno no sabía nada, iba en un vuelo y de pronto se daba con un puente que no tenía un río abajo, todo oscuro, tocaba tierra rozando el cuerpo de la Polola y la voz que tenía Tununa cuando el señor Palcos no llegaba y ya era domingo y nunca más, así es la vida decía entonces Tununa desvestiéndose para dormir sola, quitándose el vestido lleno de flores y de avispas. Pero yo acabo de llegar, estoy cruzando el puente que me lleva hacia la calle de tierra, hacia el salón de ventas, hacia el sótano, hacia Roberto Airaldi, hacia los albañiles y la Polola que ondula ante mis ojos sacudiendo su pelo retinto. Estoy cruzando el puente, entrando en el pueblito, recién llego, estoy entrando solo, nadie me recibe, me dejan solo en el puente en el sótano en la vidriera a matar moscas que no toquen los dulces, ya aprenderás y sabrás lo que es la vida, los altoparlantes hablan de la vida mientras toco tierra sobre el puente. El pueblo es un gran jardín amurallado, hay que limpiar matar las moscas, en una de esas la Polola puede ser tu recompensa dice Tununa pintándose los labios, la estás mirando pobrecito, a lo mejor ella también te mira alguna vez, te cuida en el jardín amurallado mientras vuelve la

cabalgata. Entonces no hay ningún peligro ~~que~~ de que te ahogues en el río. Ella tratará de convencerte de que al fin y al cabo no es tan absurdo estar en el jardín cerrado, pobrecito mi querido.

Desde el Madrid amurallado oigo que se va la cabalgata. Dentro de la valija el señor Hidalgo llega una vez por semana en coches largos inspeccionando, cuenta los frascos de dulce a ver si falta alguno, las tortas y uno por uno los caramelos el señor Hidalgo, la cabeza peinada a la gomina, un Gardel sin risa y con bigotitos está contando los alfajores y me mira acusador. Cuando llega el señor Hidalgo yo tengo que salir corriendo para el sótano y armar cajas de cartón a gran velocidad. **T**odo en su sitio para que no se enfada^e el señor Hidalgo que hacía temblar a las vendedoras en los mostradores. Las Pecosas nunca lo miraron a los ojos. Bajaban la cabeza nerviosas, envolv^Aían rápidamente los paquetes, se enredaban los dedos en los hilos, movían los labios como rezando un padrenuestro. Tununa en cambio tan segura le entregaba los papeles y el dinero, y él tan contento y bien peinado, salvo aquella vez que se despeinó en el sótano y gritaba pidiendo un peine por amor de Dios. Yo salgo corriendo al quiosco de la esquina a comprarle un peine, Tununa se lo entrega y él se peina y después sale impecable, otra vez lamido, la cara colorada de bronce, y hace arrancar su coche, se va por la calle de tierra levantando polvo. Pero en la valija estaba despeinado, le caían unas clinas en la frente. Tanto mover las valijas en Ezeiza y después en Barajas se había despeinado el señor Hidalgo. En cambio el señor Palcos estaba digno con sus dedos repletos de anillos y sus prensacorbata con diamantes o algo parecido, el cuello duro casi palomita, sus inextinguibles perfumes. Entonces vuelco la vali-

ja, y con los cepillos de dientes, los papeles inútiles, escondidos entre ellos caen amojosados los albañiles construyendo los puentes los hoteles bajo la nevisca, caen los altoparlantes los tangos, y los besos, veo la montaña al final de la avenida principal y los turistas que huyen a caballo, el rumor del río olvidando puentes, se pudren las maderas de los puentes que crujen y se caen para siempre mientras los albañiles salen de sus chozas con boinas negras manos ásperas se cubren de la nieve. Roberto Airaldi me sonríe desde la etiqueta de un frasco de dulce, porque así estaban las cosas el día que llegué a este mundo o a esta vida como diría Tununa, tangos en los altoparlantes y cabello retinto ondulante de la Polola, en los montes piquillín chañar y peperina son aromas que se mezclan con los perfumes del señor Palcos, lo vuelco todo en la moqueta, ya no queda nada en la valija pero había que abrirla.

Las primeras experiencias parecen un examen, pero más bien están pensadas para matarte. Si uno logra salvarse ha aprobado el examen y puede quedarse en el pueblito. Yo venía de un presentimiento que me permitía la posesión rápida de todo. Uno puede tener cualquier cosa cuando la convierte en sueño. Pero la Polola y todo lo demás eran cosas demasiado reales, inmodificables. En la atmósfera el sueño no existía; simplemente había que estar en ella; en el sótano armando cajas de cartón o matando moscas en la vidriera. Arriba las vendedoras miran la llovizna y suspiran leyendo revistas de amor donde cenicientas olvidadas encuentran siempre finalmente un príncipe que se las lleva ^a su tierra a su delicia, aunque Roberto Airaldi apenas mire a las Pecosas, apenas diga gracias mostrando dientes de

risa en propaganda cuando ellas le entregan los paquetes cuidadosamente envueltos, él se va a Buenos Aires a París y no regresará hasta el próximo verano. Las vendedoras mientras tanto apoyadas en el mostrador cristalino miran durante un año caer la lluvia llena de albañiles friolentos que regresan a sus chozas alumbradas con velas. En la Caja está la rusita o la polaca o algo parecido; Gretchen. Ella no puede pronunciar las eres, usa vestidos ajustados, no oculta su cuerpo como las Pecosas. Gretchen no suspira ni lee revistas de besos. Para ella Roberto Airdi es como cualquier negrito del pueblo, nada más que con traje.

Al parecer nadie puede hacer aquí inmediatamente lo que quiere. Ni siquiera el señor Hidalgo puede hacer inmediatamente lo que quiere. El señor Hidalgo peinado a la gomina entra atropellante por la puerta de vidrio. Ya hemos oído antes el ruido de su coche, así que estamos todos en posición correcta, cada uno en su sitio. Las Pecosas han tenido tiempo de sacar cisnes de unas cajitas redondas y se empolvan un poco más la cara, hay pecas que desaparecen hundiéndose en el agua; yo corro a buscar el matamoscas y me instalo en la vidriera, doy un golpe contra el vidrio cuando me mira el señor Hidalgo, un golpe como si hubiera una mosca y no hay ninguna; las Pecosas esconden revistas y suspiros bajo el mostrador; Gretchen recuenta el dinero de la Caja; Tununa en su escritorio está sacando cuentas. Pienso que todo eso es absurdo. A lo mejor me equivoqué de pueblo, o de cuerpos, indudablemente todo esto está pasando en otro lado. El señor Hidalgo saluda solamente a la señora Tununa y enseguida se pone a contar postres, dulces y masitas. Después mira los papeles abiertos sobre el escritorio, intercambia palabras que no alcanzan a ser nada, ruidos solamente. Si falta algo gira su enorme

cabeza de huevo de Pascuas y me clava unos ojos directamente asesinos, me obliga a pensar que si lo que Tununa llama vida es como él la cosa pinta mal y ya sabemos que no es sueño, es un huevo caliente la cara del señor Hidalgo mirándome, fijándome contra la vidriera y yo con la palmeta quieta en una mano sin saber qué hacer y sin tener palabras. Menos mal que cuando acaba la inspección se dulcifica el huevo: clara batida con azúcar a punto nieve es la cara del señor Hidalgo para mirar a Gretchen. La voz que usa para hablar a Gretchen es más dulce que sus dulces. Empalagoso almíbar, papel untado pegamoscas su voz de caramelo. Y Gretchen siempre retrocediendo, esquivando el bulto, pero él dispone de varias manos para tocar a Gretchen en tantas partes, sacarle pelusitas del pulóver y miguitas del pelo, la ~~me~~ sigue la arrincona serca de las columnas. Si yo estoy allí me hace una seña, me clava sus farolles. Y si no entiendo "al sótano" me dice el huevo y yo salgo corriendo con el matamoscas en la mano. Pero si arrinconando o empujando a Gretchen baja los escalones y se la lleva para el sótano y yo estoy allí, el señor Hidalgo gira su huevo su cabeza de retrato y me dice "arriba", y yo salgo corriendo, corriendo para arriba con la caja de cartón a medio armar entre las manos. Yo no ^{puedo} ~~debo~~ estar nunca demasiado cerca del señor Hidalgo. Apenas me ve y ya me ha contado tengo que desaparecer, cuando él llega ya se sabe que tengo que irme al sótano. No, yo no he robado ningún postre, no me comí ninguna masita, pero el señor Hidalgo lleva mucho tiempo en este pueblo, es grande es hombre y debe saber cosas que yo ignoro. A lo mejor no tengo que estar aquí, vine en lugar de otro, me ade-

lancé en la cola o algo así, he llegado a destiempo, porque si no el señor Hidalgo no existiría. Si hubiera hecho el viaje en el turno correspondiente me habría encontrado con otros seres, míos, mis hermanos. Por eso pensaba, en el sótano, que el señor Hidalgo y todo lo demás pertenecían a otro. Al otro todo esto le hubiera parecido natural. Pero no a mí. Es muy duro el examen. Si fuera sueño lo abandonaba. Pero el sueño se acabó cuando se fue la cabalgata y esto es muy distinto. No sólo no puede modificarse; tampoco se lo puede abandonar porque te matan, te suplantán por otro, quieren al más apto; pero no te abandonan como te abandona un sueño. Están ahí siempre para ver si uno aguanta. Y entonces empiezo a desear con mucha fuerza ser el señor Palcos que llega desde Córdoba y se posesiona directamente de Tununa, la autoridad más importante del establecimiento. En eso me faltan fuerzas, se me doblan las piernas. Ya sé que no se puede abandonar pero mejor me caigo muerto así puede venir el otro, él encontrará familiar la cara de huevo del señor Hidalgo. Incluso el señor Hidalgo le ofrecerá sus postres y sus dulces. [“]¿Por qué no comes cuando lo deseas? Me ofende que no toques mis dulces mis masitas.[”] Me caigo muerto ahora mismo y se acabó. El señor Hidalgo me remata con la palmeta matamoscas. Nos equivocamos de chico dice el señor Hidalgo y ordena que me barrañ. Gracias a Dios aparece Gretchen y me salva. Gracias a ella y con lo justo puedo aprobar el examen y quedarme. De otro manera sería otro el que estuviera tratando de contar esta historia. Otro, el verdadero. No yo.

Me salva Gretchen en el día más intolerable del señor Hidalgo. El me ha borrado con su mirada y salgo para el sótano. Menos mal porque ya no aguantaba la dureza y el brillo de su pelo. Ca-

beza para ilustrar tapas de revistas de peinado. Más que un peinado era una condecoración, un yelmo negro que brillaba deteniendo el sol, ni siquiera aire había alrededor de su peinado. Ese día el señor Hidalgo dueño de caballos, dulces y albañiles y de los sueños de las Pecosas, tenía más manos que otras veces. Detrás de cajas armadas y apiladas en los rincones del salón de ventas, sus manos buscaban migas y pelusas en las ropas de Gretchen. El salón no le alcanza y se van para el sótano. "Arriba" dice el huevo y yo corro a la vidriera con mi matamoscas. Ya han terminado de bajar los escalones y allá abajo ella no podrá escapar, no hay rincones ni nada, por el tragaluz podría pasar una persona pero la escalera está en otra parte pobre Gretchen. "Por favor", llega desde abajo su voz sin eres, y algo muy duro que dice el señor Hidalgo pero que no entiendo. Me da miedo, me caigo muerto aquí mismo y que me busquen a ver si pueden encontrarme. Era la pregunta más difícil del examen y yo no tenía la respuesta, no tenía ni siquiera una palabra, ni siquiera podía decir no sé. Entonces oigo el tremendo plaf la cachetada. Corro para ayudar a Gretchen buscando una palabra que la salve, pero ella ya viene subiendo los escalones salvándome del señor Hidalgo. Alcanzo a ver una cosa al final de la escalera. La mitad de la cara de huevo del señor Hidalgo está roja de la cachetada y todo él es un desastre que se envuelve para no terminar, todo él un montón de pelos negros que miran para cualquier parte, un montón de ramas con espinas, un montón de yuyos secos y de bosta la cabeza del señor Hidalgo. El ve que lo estoy mirando, y entre sus pelos casi muertos veo fulgurar sus ojos, veo abrirse su boca que me grita ¡un peine!; un peine hijos de puta! dice entre los pelos derrumbados la boca del se-

ñor Hidalgo. Y entonces me veo correr como loco al quiosco de la esquina. ¡Un peine!, digo agitadísimo como si estuviera en la farmacia pidiendo un medicamento para alguien que se muere del corazón. La viejita está contando una docena de botones para un cliente que espera, están hablando de los turistas de ese año. Un peine por amor de Dios, le digo con los ojos en lágrimas, es una cuestión de vida o muerte estoy diciéndole. La vieja se quita los anteojos de mirar botones y se pone otros para poder verme, para poder creer lo que le digo. Miro para atrás y veo a Tununa en la puerta del negocio que me hace señas levantando brazos, que me apure, a lo mejor el señor Hidalgo se está muriendo por mi culpa.

No es para tanto, dice la viejita removiendo peines en una caja de zapatos. Me pregunta el tamaño, la calidad y no sé qué otras cosas inservibles en la urgencia en la agonía. Es para el señor Hidalgo, le grito entonces a la vieja con deseos de despeinarla, de arrancarle los anteojos. ^{Entonces} ~~Cuando~~ la palabra Hidalgo abre las puertas, ella suelta los botones, los tira en cualquier parte, me da la caja, que me la lleve toda, que el señor Hidalgo elija el que más le guste, si es para el señor Hidalgo no hay problemas. Corro, corremos con Tununa cuidando aquella caja. Allá abajo el señor Hidalgo como un tordo con un hondazo en la cabeza, busco inútiles sangres. Tununa le entrega el más oportuno de los peines, va a entregárselo mientras él espera arrinconado, jamás podría subir despeinado y que lo vean en el salón de ventas. Me escondo detrás de Tununa para ver cómo va a peinarse y veo que despeinado es cualquier cosa, una urraca, una comadreja, un negrito un hijo de albañil, a él lo salvaba el peinado, la gomina. De nada le valían los

dulces. Despeinado, se iba con los albañiles bajo la lluvia hacia su choza el señor Hidalgo; el negro Hidalgo.

Gretchen en ruidos de valijas anda por su cuarto. Tununa firma muchos papeles de distintos colores, pone sellos vistosos, saca dinero de la caja fuerte, pone todo en un sobre y me dice que se lo lleve a la pobre Gretchen. En la cara de Tununa una lágrima muy pulcra discurre entre suaves arenas de talcos impalpables, alcanzo a ver debajo unos poros abiertos, enormes, melancólicos. En su mostrador las Pecosas lloran con cuerdas de violines. La puerta está entreabierta y cuando voy a entrar oigo un gritito, algo gatuno y limpio que sale de adentro de Gretchen me advierte que no pase, estoy desnuda dice enseguida, un momentito y podrás entrar dice sin eres, Entro y ella está envuelta en una gran toalla, con su cabello mojado es más cierta que nunca. Se sienta en la cama y cruza unas grandes piernas como las que después tendrá Polola. Guarda el sobre y me regala un pañuelo, una linterna y varios libros, me dice que se va a vivir a Buenos Aires, allá tiene una tía que ha venido de Europa. Cuando seas todo un hombre también podrás irte a Buenos Aires y entonces nos veremos, tú me llevas del brazo por la calle Florida, ¿te parece?

Qué lindo en la estación el sombrero de Gretchen, qué lindo el beso que me dio, el olor de su piel, qué lindo alcanzarle una valija por la ventanilla, ver que Tununa y las Pecosas le tiraban besos. Lo último que veo es el ala de su sombrero verde, lo último que le escucho es no te olvides, te espero en Buenos Aires. Y cuando el tren desaparece en la curva y volvemos

todos tristes caminando despacio por la misma calle de siempre pero que ahora es otra, justo en ese momento empiezo a darme cuenta de lo que era Gretchen. Gretchen era la alegría y no me había dado cuenta.

Lo que pasa es que hay pocas como Gretchen, dijo Tununa al otro día en el negocio. Yo pensaba que había poco de todo. Poco mundo, poca alegría, poca comida, pocas calles. ¿Es que había poco mundo y a mí me tocaba solo eso porque había poco? ¿Era mucho para otros, para el señor Palcos por ejemplo, o era poco para todos? ¿Y para qué pasaba todo eso? Yo entré ~~o~~ creyendo que me encontraría con otras cosas que pudieran moldearse. Y me encontraba con cosas definitivas que nunca hubiera imaginado, que además eran pocas. A lo mejor era sueño, me había quedado dormido después de andar por los senderos del jardín cerrado, estaba durmiendo junto a las paredes blancas y soñaba todo eso. Cuando volvieran de la cabalgata me encontrarían durmiendo y soñando todo esto. Pobre, se ha dormido y es tardísimo, llévenlo adentro pónganlo en la cama. Y adentro despertaría en mi casa, en una casa que había olvidado, sin puentes ni cajas de cartón, sin sótanos ni Pololas ni Gretchen que se va definitivamente. Y contaría todo el sueño. Muy gracioso eso del señor de los dulces y muy bonito lo de los albañiles bajo la nieve, es que así son los sueños, siempre tienen algo raro. Contaría todo eso. Pero, ¿a quién? Y no podía contarle porque no había a quién contárselo; porque en esa casa no había nada. La cabalgata había desaparecido en su rumor, ya no era ni recuerdo. Y entonces no podía despertar, si despertaba no podría contar el sueño a nadie. Y seguía viviendo, o durmiendo, o esperando. Todos los días cruzaba el puente para ir a esperar algo, Tununa

y los dulces y las cajas no se movían de su sitio, nada salía de su ferocidad. Odiaba todo eso y al mismo tiempo empezaba a amarlo, no había otra posibilidad. Se trataba de cosas ciertas aunque su sentido no estuviese claro. Todo era presente. No se trataba de un futuro que yo pudiese pensar, modificar con mis deseos, cambiarle algún detalle al señor Hidalgo por ejemplo, rejuvenecer a Tununa o detener el tren que se llevaba a Gretchen. Nada de eso. Cada día cruzaba el puente mientras amanecía, y todo estaba allí, como siempre.

Polola es lo que había debajo de la toalla que cubría a Gretchen, pero sin Gretchen. Porque, como dijo Tununa, como Gretchen hay pocas. Lo que pasa es que también hay poco de Polola. Hay poco de todo. En el jardín, mirando bien, hay un par de caminitos, un banco y nada más. Lo demás, macizos de ligustros y paredes blancas por todas partes, es lo único que abunda. Polola casi no existe en el verano y aparece con la caída de las hojas y las lluvias. Ha entrado pocas veces al negocio, siempre está afuera mirando la vidriera. Es del lugar pero habla como los turistas. Es una turista que ^{llegó} ~~se fue~~ para ver cómo era el invierno en ese pueblo y se quedó para siempre. También la piel de la Polola es distinta a la de los albañiles los negritos; es distinta a la mía que se inclina más por los negritos, se parece casi a la de Gretchen. La Polola pasa siempre no mirando a nadie, y nadie puede saber qué está mirando la Polola.

Siempre agitación y temor en el negocio. Hay que despachar todos los paquetes en el día volando hacia el correo, mañana viene

el señor Hidalgo todo tiene que brillar y ni la sombra de una mosca. Tununa nerviosa con dolores y silencios, van dos semanas sin que venga el señor Palcos. Corro a poner un telegrama para él amor constancia fidelidad te quiero. El señor Hidalgo grita que hay que vender más, salir a la calle cuando pasan los turistas obligarlos a entrar que compren muchos dulces porque si no, y yo apurado subiendo paquetes con frascos al coche de Roberto Airaldi, se me cae uno, menos mal que no se rompe porque si no; cuando vuelvo del correo hay tres moscas en la vidriera, intolerable, todà agitación Tununa sin noticias en su cuarto llorando. Qué le pasa señora necesita algo, nada dice Tununa, podés irte a tu casa, yo me encargaré de bajar las persianas. La agitación me penetra me recorre los huesos el futuro, soy Tununa soy el señor Hidalgo soy el señor Palcos soy Roberto Airaldi soy Tununa otra vez soy la mosca entre el vidrio y la palmeta. Pero cuando pasa la Polola todo se deshace, se ablanda, se adormece. Ella me cuida en el jardín puedo dormir tranquilo, ella se para ante la vidriera mira los postres vestida siempre de amarillo, una gran toalla amarilla cubre su cuerpo de Gretchen que regresa. Hay algo inmortal en las piernas de la Polola mientras ella sacude su cabello espantando gotas que no existen, para ella siempre llueve. Siento que sus grandes piernas pueden salvarme de la caída del ingreso forzoso. Si caigo entre sus piernas puedo salvar la vida. Debe ser algo muy importante la Polola, todos los tangos hablan de ella. Hay esquinas y domingos donde está la Polola en su toalla amarilla. Yo ando por sus alrededores, puedo verla cuando sale del cine, cuando está cruzando el puente, la miro desde lejos desde cerca, a veces nos cruzamos en la misma vereda, supongo que me mira porque

ella lo ve todo con sus ojos y sus piernas que miran que me miran todo lo cubre lo mira la Polola todo con su gran toalla amarilla, todo debajo de su vestido entre sus piernas azules.

Hay seis Tununas por lo menos. Cada día ella pinta un autorretrato diferente. La del lunes es la más triste, la más fea. Nada alrededor de sus ojos; las pestañas han perdido su curvatura; los rulos se han perdido, se los han robado; los cabellos caen lacios como un agua gris mezclada con nieve; la cara llena de poros casi pecas de las vendedoras. Tununa pasa casi todo el lunes en la cama, le duele la cabeza, yo soy el único que puede verla, le llevo infusiones y ^{aspirinas} ~~aspirinas~~ entre la oscuridad de las persianas bajas y los perfumes que flotando en el aire ha dejado el señor Palcos. Por la tarde aparece más tranquila, han empezado a desaparecer sus poros, su vejez de día lunes. Al día siguiente empiezan a cambiar sus ojos, certeros toques de color y de sombra borran surcos definitivos, un pañuelo en la cabeza disimula ruleros laboriosos. A mitad de semana ya es casi joven otra vez, sobre las blancas cremas tapaporos aparecen primeras pinceladas de primavera permanente. Es más amable, no habla de la vida. El jueves sale a tomar te con el tendero de enfrente, me los encuentro un día tomando te al lado del correo, hablan muy bajito, por favor que jamás se te ocurra decirle al señor Palcos que me viste con ese señor, somos amigos solamente dice Tununa así es la vida. El viernes abre las ventanas de su dormitorio

para que entren los pájaros las mariposas los perfumes silvestres, cubre todo de flores, hace su nido la Tununa, todo brilla, los bronceos de la cama, las sillas, los almohadones, las uñas de sus pies, Tununa hermosa espera al señor Palcos. Por esa puerta de cristal hará su entrada estrepitosa el señor Palcos en la tarde del sábado. Yo le abriré la puerta, pase por favor la señora lo espera en sus habitaciones con pájaros y orquestas, cerraré la puerta del negocio, bajaré la persiana metálica, cerraré con candado hasta ~~mañana~~. Tununa señor Palcos, hasta ~~mañana~~ mi querido dice ella. Lástima, queda una Tununa de domingo que no podré ver nunca. La Tununa exclusiva del señor Palcos encerrada en su nido entre sus perlas y piedritas del río, blancas y rojas, mojarritas.

El último autorretrato de Tununa debe ser la belleza perfecta, toda para el señor Palcos. El devora los esmaltes, las porcelanas, los tapices de la cara de Tununa. Come sus rulos, los alrededores de soles ponientes de sus ojos, la pintura de sus uñas el brillo de sus ojos, todo se lo come el señor Palcos como un gran postre un gran frasco de dulce. Cuando él se va los domingos por la noche solo quedan los poros de Tununa, el pálido boceto, una rayas unos trazos de lápiz negro, un croquis de Tununa, cabellos ~~lacios~~ grises sobre los almohadones tristes, el dolor de cabeza el dolor de vida, se van los pájaros las mariposas la primavera cae la nieve, miro los poros profundos de Tununa cuando le llevo el primer te del lunes, por favor, que nadie me moleste, me duele mucho la cabeza, muchas gracias mi querido.

Lo más hermoso del señor Palcos es que prescindía del señor Hidalgo. Era su fuerza opuesta, lo ignoraba. Sin duda él podía comprarle todas sus fábricas, caballos y albañiles, patadón y a la calle, quitarle el coche, dejarlo en bicicleta, mandar un telegrama a Buenos Aires: señorita Gretchen regrese urgente stop el negro Hidalgo ha sido destituido stop cariños la esperamos stop firma de Palcos y Tununa. Y yo la espero en el andén. Allá aparece el tren, su humo azul, su máquina de fuego; allá asoma la cabeza el sombrero verde de Gretchen su gritito gatuno, corro corremos por el andén abrimos grandes brazos. El señor Palcos era la posibilidad de modificar lo inmodificable, de devolver a las cosas lo que uno esperaba de ellas cuando entraba en el mundo en el pueblito cada día sobre el puente. Gracias al señor Palcos, a sus poderes, a su amor por Tununa, las presencias tenían ahora una finalidad, había algo preciso detrás de la mecánica absurda de tanto día y tanta noche, caballos, dulces, turistas y albañiles ateridos, cada uno podía saber comprender algo del estruendo, lo real podía ser modificado, las cajas de cartón convirtiéndose en globos o en fuegos artificiales, no necesitaba crecer ser todo un hombre para irme a Buenos Aires y mirar a Gretchen frente a frente, los dos abrazados por la calle Florida por Corrientes con Gardel con Hugo del Carril, me iba a Buenos Aires a buscarla, el señor Palcos me prestaba uno de sus coches cromados niquelados, compraba el ferrocarril, clausuraba los trenes para que nunca se fuese Gretchen.

Por esa puerta entraba el señor Palcos los sábados -Tununa, cuello duro puños almidonados gemelos de oro cigarrillos rubios en boquilla gran anillo de piedra negra refulgente como el sol

de la bandera. No sé en qué llega desde Córdoba, absurdo relacionarlo con los tristes trenes que sólo sirven para irse. O en avión o por lo menos en sus coches el señor Palcos que siempre llega precedido de sus perfumes. Sólo recuerdo tres o cuatro. Cada sábado había un perfume distinto para Tununa en el comienzo de este mundo de estos tiempos; cada sábado por esa puerta entraba un perfume distinto que venía de lejos (acaso de islas o llanuras que contuviesen a Gretchen); cada sábado zapatos y corbatas distintas, siempre era un nuevo señor Palcos que llegaba en siete coches. Yo le abría la puerta y lo acompañaba un trecho por el salón de ventas entre frascos y espejos y plantas embalsamadas, él me daba monedas grandes o billetes difíciles y yo lo dejaba en las proximidades de las gondolinas de la pieza de Tununa, toda ella de porcelana de nácar de muñeca en su nido entre sus pájaros.

Aun con ropas de entrecasa era fabuloso el señor Palcos. Los domingos a mediodía yo retiraba grandes bandejas para él y para ella de la rotisería. Pollos y pavos, codornices, picaflores vinos perfumados. Levantaba la persiana metálica, llamaba golpeando las manos despacito y él aparecía atravesando el salón de ventas en sus pijamas azules o morados, su hermoso cabello de músico al aire, sin gomina, recibía la bandeja, me daba otra moneda me tocaba la cara, gracias pibe decía con su voz de bueno y poderoso todo junto. Yo bajaba la persiana y me iba tocando la inmensa moneda o el billete. El sabía que era yo el de los telegramas de Tununa para él todos los miércoles. Hoy te recuerdo más que nunca dice el más hermoso de los telegramas, yo lo despachaba como si fuese para Gretchen.

¿Así que nunca fuiste a Córdoba? Pero si está muy cerca. Cualquiera día te llevo, vas a ver qué lindo el río, la Catedral, la Cañada, el Cerro de las Rosas en maravillas. El era el único que podía salvarnos del señor Hidalgo, de sus iras, de sus papeles, de sus de patitas en la calle, o venden más o cierro todo esto y ustedes se quedan en la calle, a ^{rasqueteo} ~~rasquetear~~ ^{rasqueteo} caballos si es que pueden a alcanzar ladrillos a los albañiles bajo lluvias bajo nieves. Yo y Tununa y las Pecosas preparando cal, alcanzando ladrillos al voleo, rasqueteando caballos. Pobre Tununa llena de cal y de cemento, se cuarteán sus manos, sus mejillas, de la que se salvó Gretchen yéndose a tiempo a Buenos Aires. Me duele la cintura, son muy pesadas las bolsas de cemento, los baldes llenos de cal dice Tununa, y las Pecosas tiemblan de frío en lo alto de los andamios siete pisos, la Polola me desprecia, a ella no le gustan los negritos albañiles, es demasiado blanca para eso, tiene piernas inmensas, tiene guindas enteras descarozadas en sus pechos. No, no tengas miedo, dice Tununa, son puras amenazas nada más. Si cerrara el negocio él también tendría que ir a trabajar con los albañiles. Y si lo cerrara qué: el señor Palcos nos llevaría a Córdoba, los tres podemos vivir en su chalet del Cerro de las Rosas, es inmenso dicen, vos no sabés quién es el señor Palcos. ¿Y las Pecosas? A ellas también las llevamos por supuesto. No se van a quedar aquí todo el invierno mezclando cal voleando los ladrillos en la nieve pobrecitas. Las llevamos a Córdoba también dice Tununa cruzando el salón de ventas tan brillante, abriendo personalmente la puerta a Roberto Airaldi impecable en primer plano, que compra veinte frascos de los caros, alfajores con una guinda secreta bien adentro. Yo pongo los paquetes en

el canasto de la bici, vuelo a despachar las encomiendas y en el camino veo a la Polola cruzando la plaza cerca del mástil. A la Polola que remonta una calle, seguida de la luz solar va la Polola. Ella también se irá a Córdoba con nosotros, al Cerro de las Rosas maravillas. Por fin las cosas empiezan a tener una finalidad precisa. Siento que a pesar de la repetición hay algo. Me acuerdo de Gretchen. Recupero la alegría. Respiro la atmósfera. Después de todo, algo me pertenece.

He visto a Libertad Lamarque en Besos brujos y no entiendo nada. Estoy solo en el sótano armando cajas todos los inviernos tratando de entender la película la vida, lo que Tununa llama vida cuando en vez del señor Palcos llega un telegrama imposible viajar tuyo señor Palcos. Las Pecosas también dicen la vida leyendo sus revistas de besos. Todas las películas terminan en un beso, Roberto Airaldi besa en toda la pantalla. Hay que alquilar caballos, vender dulces para después dar o recibir un beso., El señor Palcos y Tununa se besan. El señor Hidalgo ^a saca pelusas y miguitas a la ropa de Gretchen para que ella le dé un beso. Los albañiles construyen hoteles y puentes bajo la nieve por los besos. Los tangos de los altoparlantes hablan siempre de besos. Cada cual tiene su beso en este mundo en este sótano de cajas de cartón.

Por el tragaluz que da justo debajo la vidriera donde mato moscas veo a las mujeres que se paran a mirar los postres, me pego a la pared del sótano y puedo mirar sus piernas desde abajo. Son como la cabalgata que se ha ido, piedras ~~significan~~

significativas ocultas en la atmósfera. Las paredes del jardín son altas para que uno no vea las piernas de la cabalgata. Si uno sale y las mira puede ahogarse en el río aunque afuera el mundo esté de fiesta. Cuando uno cruza el puente todos los días y cree que no hay nada, que todo eso no tiene sentido, se equivoca. Aquí está todo, pero te lo ocultan. Las mujeres ocultan sus pechos y sus piernas, los albañiles construyen hoteles para esconder las piernas y los pechos, las ciudades están hechas para esconderlo todo aunque las cosas ocultas traten de salir, de reventar hacia afuera como los pechos de la Polola por ejemplo. No es por el frío que te tapan el cuerpo. Es muy por otra cosa. El señor Hidalgo busca migas pelusitas por las piernas de Gretchen. El señor Palcos cae los sábados en las piernas de Tununa. Yo tengo que caer en las piernas de la Pololagretchen guindas descaroizadas.

En el tragaluz aparece el ruedo del vestido amarillo de Polola, sus piernas vivas en el aire. Me acaricio, me crezco con las manos como puedo, yo también era algo que andaba escondiéndose en la atmósfera. Avanzo con los ojos en blancuras interminables y me acaricio, se trata de mi primer beso solitario. Las piernas de la Polola son una parte de ella que me alumbraba hasta el final. Una parte sin ojos menos mal así no me ve llorar de miedo de alegría. Por fin estoy tocando tierra, piernas, guindas descaroizadas, tantas cosas. Mi cuerpo me devuelve unas gotas de temblor caliente, qué ganas de llorar en la tarde gris dice el tango. Hoy te recuerdo más que nunca, dice el telegrama de Tununa. Imposible viajar, tuyo, besos, dice el señor Palcos. Te espero en Buenos Aires dice Gretchen. Las piernas de la

Polola se van con el vestido amarillo, en la vereda resuenan sus zapatos de cabalgata que se aleja. Alguien ha bajado al sótano, es Tununa que me mira. Tengo tiempo de recomponerme, intento seguir armando cajas. Me invita a tomar el te con ella. Dice hijo mío o algo parecido. Se da cuenta de que tengo el pantalón mojado. Se llueve el tragaluz le digo le diría no le digo nada. Cruzamos el salón, nos miran los espejos. Alcanzo a divisar a la Polola toda entera por la calle en amarillo.

El ruido de las cucharitas del te es el silencio de Tununa. Los dos solos en la cocina y el silencio de las cucharitas, tanto que uno no se anima a tragar, a morder la tostada, vamos por la mitad de la taza y nada dice la Tununa. Eligiendo, pensando las palabras, tiene la misma cara de aquella vez que admití haberme comido esa masa tan cara con almendras. Entonces también tomábamos te en esa cocina y Tununa estaba callada como ahora, hasta que al final de la taza dijo como si le doliera que si uno comía algo tenía que decirlo, se anotaba en un papel y a fin de mes lo descontaban del sueldo, eso era todo, muy simple como ves, sólo había que decirlo, ella también comía a veces pero lo anotaba, por esta vez me la anotaré yo, me la descuentan y se acabó el asunto, lo que pasa es que esas masas son muy caras, valen una buena parte de tu sueldo ¿otra tostada?

Ahora Tununa movía la cuchara removiendo lo removido. Estaba a mitad de semana, rejuvenecida hacia la llegada del señor Palcos, con sus rulos bellísima no se veían poros en su cara. Entonces dijo bueno, se trata de lo siguiente, y era una voz de vieja a pesar de la mitad de la semana, voz de sentencia de ley marcial, de vieja que se muere y dice sus últimas palabras.

Voz para decirme que no solo me había comido una masita cara, según la voz yo ahora había comido o mordisqueado todos los postres y los dulces, era la ruina para todos, la desgracia. El señor Hidalgo se arrancaría los pelos de la cabeza, golpearía su cabeza calva contra las paredes contra los espejos, reventaría el huevo en un desastre pero él se vengaría, la venganza más terrible de todas prepararía el señor Hidalgo. Algo terrible, algo impensable, algo desnudo en alaridos: mataría a Gretchen por ejemplo. Le cortaría las piernas, por ejemplo.

Pero eso estaba solo en su voz. Con las palabras Tununa trataba de rodear un centro sin nombrarlo, alrededor de mi beso solitario giraban las palabras de Tununa. Y apareció cuándo no la palabra vida. Vivir era no estar solo, eso debía comprenderlo. Lo que pasa es que me pone muy triste ver que estás amando solo y eso no se puede, amándote a vos mismo en ese sótano es muy triste. Si hubieras tenido un par de años más te quedabas con Gretchen, ella te quería mucho, me lo decía siempre.

¿Otra vez?, pensaba yo, ¿otra vez llegué tarde o no soy el que tenía que llegar aquí, llegué en lugar de otro? Me voy ahora mismo, me muero para que vengan otros. Ya me parecía, me adelanté, debí venir con Gretchen otro día otro mundo en otra vida. Pero Tununa dice no, no se trata de eso, no hay que tomarlo a la tremenda. Tununa se ha servido otra taza de te, tintinea la cucharita removiéndolo, la pintura de las uñas es perfecta. me mira y me acaricia una mejilla. Lo hiciste por la Polola. ¿no? Es muy linda y muy joven la Polola. Todo es cuestión de tiempo. La vida es larga, chiquilín. Voy a ayudarte, mi querido.

Tununa y la Polola se cruzan en la calle secreteándose. Entra al negocio la Polola, finge comprar dulces, mermelada de peras dice la Polola pero con Tununa están diciéndose cosas al oído. Tununa me llama y dice que le muestre las líneas de la mano. Mira mis manos y las de Polola señalando las líneas de la vida. Qué curioso, se parecen como dos gotas de agua, dice Tununa mientras nos miramos con la Polola, ella mira más allá de mí pero me abarca, me contiene. Y ahora estamos en el cine. En la oscuridad me da chocolatines la Polola, toca mis manos, mi línea de la vida para darme el chocolate. En la pantalla Roberto Airaldi está en una situación crítica, tiene que irse lejos mientras su Polola o su Gretchen llora en el andén y hay pañuelitos blancos. Nosotros hacemos coincidir las líneas de la vida calentitas, las bocas las lenguas calentitas y se acaba la película, se acaba el pueblo, ya no hay calles, cruzamos el pajonal, divisamos los árboles, las luces del pueblo han quedado lejos. Y empiezan a aparecer las cosas que todo el mundo oculta, que tapan en el aire, pero en el aire está toda entera la Polola, ella no tiene nada que ocultar, no necesitamos que los albañiles nos oculten, tiene una guinda descarozada en cada pecho, ella es la tierra es la atmósfera es Gretchen, me inicia en la mecánica de tumbas y de cunas, me enseña que debo repetirme con ella para entrar o salir de la atmósfera, aterrizo en las piernas en el hueco de Polola pero en realidad venía de ellas de ello.

¿Y aquello? ¿Y lo del cine y lo de aquella noche? le digo unos días después a la Polola que no me ve, no me habla, que desaparece siempre. Aquello ya pasó, fue lindo y eso es todo.

dice una Polola que ya es cosa de lejos, nube, yo me sorprendo y ella se sorprende de que me sorprenda. No seas tonto, dice la Polola desde la otra vereda. Preguntale a Tununa, dice en otra calle. No seas tonto, ahora has aprendido, dice al otro lado del mar. Ahora podrás tener otras, sigue diciendo, no vas a cambiar las cosas, preguntale a Tununa ella lo sabe todo. Y es lunes, amanece, estoy cruzando el puente de todos los días, las cosas siguen allí, como siempre, toco tierra, nada se modifica, la Polola, no sé nada de ella, en realidad nunca vi sus piernas, todo lo hicimos como desde lejos, fui la mecánica no el movimiento, lo hice mal, soy torpe, soy débil, no lo sé, no sé, no soy, no estoy. Después de eso no hay cosas raras, se entra y ya está, dice la Polola, se entra por una puerta y eso es todo. ¿Y después? Después qué, no seas tonto. Ya estás adentro y eso es todo. Yo no sé nada de significados ni de cosas raras. Preguntale a la Tununa. Yo no sé nada, yo estaba, dice la Polola desde la cabalgata.

Una obra de arte, dijo el señor Hidalgo colocando con cuidado la torta sobre el mostrador, cuidadito con ella. Tununa y las Pecosas dicen qué maravilla. La miran de arriba, de costado, a contraluz, bajo las lámparas. La tapan con una campana de cristal. Hay que preparar especialmente una vidriera para ella. Este orgullo del señor Hidalgo más que torta es un cetro, algo digno de reyes, una corona para la cabeza del señor Hidalgo. Almendras fruta brillantada felicidad escrita con hilos de chocolate verde flores comestibles algo más que la miel un gran secreto arrancado a las abejas. Y en el centro casi viva una gran guinda entera descorazonada roja bajo la nieve. Y los albañiles

que vuelven apurados a sus chozas a calentar sus manos sus rodillas se detienen un instante bajo el viento en la nieve para mirar la torta del señor Hidalgo, Dios mío quién podrá pagarla.

Lo tengo bien resuelto. Levanto despacio la cortina metálica para no despertar a Tununa. Voy directamente a la cocina. Guardo el cuchillo bajo el guardapolvo y lo escondo en el sótano. Llevo la torta al sótano y la dejo al lado del cuchillo. Hoy las Pecosas llegarán más tarde. Ha llovido mucho anoche, el río está algo crecido y no es fácil cruzarlo donde viven ellas. Tendrán que hacer un gran rodeo. Limpio todo muy rápido. Cierro la puerta con llave. Que llamen las Pecosas cuando vengán. Me voy a comer toda la torta. Aunque fuese más grande, de dos pisos, la comería igual. Tengo hambre para eso y mucho más. Se agarrarán la cabeza cuando no encuentren la torta. Llamarán a la policía. Yo no sé nada, digo. Cuando llegué la puerta estaba abierta, habían levantado la cortina. La robaron anoche, qué desgracia, les digo. Cuando me coma la torta seré tan fuerte como el señor Palcos. Después de lo de la Polola, cualquier cosa. En realidad la como para que vuelva Gretchen. Es casi seguro que ella volverá para ver cómo me comí la torta.

Apago la luz del sótano. Ya ha amanecido. El día entra por el tragaluz. Y el señor Hidalgo, cuando sepa que la torta ha desaparecido, dará un grito un alarido un pito de tren saliendo de su boca. Se sacará los guantes mostrando uñas tremendas, y en medio del grito del pito del tren de vaca parturienta se clavará las uñas en la frente, bajará los diez dedos clavados, se bajará la piel se arrancará la cara se despeinará él mismo y quedará su calavera y se acabó para siempre. Pero antes que se muera le diré que me la comí yo por lo que le hizo a Gretchen. Pero qué has hecho, me dirá Tununa, qué has hecho por amor de los

suelos. Y bueno, le digo, después de todo nadie hubiera podido pagar aquella torta.

En eso llaman las Pecosas. Como no les abro asoman sus caras tontas en el tragaluz gritando que les abra, no me pueden ver en el rincón donde me oculto. No hay tiempo que perder, que esperen. Hace frío dicen ellas. Agarro el cuchillo y lo clavo por donde debía tener el corazón la torta, pero se hunde apenas un centímetro. Me dado con algo duro, lo clavo en otro lado y nada, apenas un centímetro. Y entonces me doy cuenta, ya va les grito a las Pecosas impacientes, me doy cuenta de que se trata de una muestra, una torta de madera hueca cubierta con dulces y manjares verdaderos pero hueca, es una torta pensada para propaganda y exposiciones, la llevarán por todas las provincias.

Quise disimular el tajo pero no pude. Si corría un almendra o un trozo de chocolate o un hilo de grosellas para tapar la herida abierta se alteraba su forma, los adornos quedaban fuera de su sitio perdiendo el equilibrio. Cuando Tununa preguntó tuve que decírselo. Ella estuvo callada un largo rato. Después me llama a la cocina, me hace sentar, yo estoy esperando el arranque de una ira que sin duda tiene. Firmar papeles, recibir el sobre con los quince días de sueldo adiós Tununa chau Pecosas, me voy a Buenos Aires. Gretchen me está esperando.

Pero Tununa tiene una mirada triste. Es triste y definitivamente vieja la voz de Tununa cuando me dice pero qué pasa mi querido, qué te anda pasando, hago lo imposible por vos por ayuda^{rte}, y ahora me pagás con esto. Saca su pañuelo bordado, me lo pasa por los ojos. Yo miro la pintura de sus uñas. Qué le decimos ahora al señor Hidalgo, le digo para salir del miedo. Y ella por eso no te aflijas, le diré que se me cayó a mí, ~~es~~^{es} un percance comprensible. La llevarán a la fábrica para restaurarla. por eso no te aflijas. De vos me afligen otras co-

sas. Te he visto en el sótano, te he oído llorar, te he dado a la Polola y ahora me pagás con esto. ¿No te ha gustado acaso la Polola? No sé qué le digo si es que le digo algo, no sé qué le respondo. Qué raro, dice Tununa, la Polola es una chica con bastante experiencia, lo que pasa es que vos sos muy difícil, lo hice porque me dio mucha lástima cuando lo de la otra vez en el sótano, se lo dije y ella lo comprendió, es una chica estupenda. Le diré al señor Hidalgo que estás muy enfermo, y te irás a Córdoba unos días, te vas unos días y te olvidás de todo esto.

Y cuando voy saliendo dice Tununa de paso mandá este telegrama. Lo escribe en el papel, lo leo, amor constancia fidelidad dicen las palabras. Yo la miro y ella me acompaña hasta la vereda, me pone una mano en el hombro. Sí, estás pensando en el dueño de la tienda, en el té que tomábamos al lado del correo. Ya lo sé me dice. Es que estoy vieja, dice como si hablara en el invierno siguiente. Pronto se me acabarán los hombres y los besos. El señor Palcos un día me abandona. Chau, me dice. Entonces me quedará todavía el dueño de la tienda por algún tiempo, hasta que él también me abandone, no sé si vas entendiendo algo de todo esto muchachito.

Aquí también hay puentes sobre un río sin agua. Es la ciudad del señor Palcos. Todo transcurre en sus carriles justos, en su verdad de cuatro siglos. Aquí está todo pavimentado, todo es verdad, todo sucede, nada se equivoca. La ciudad va a lo cierto. No hay agua en el río pero vendrán crecientes y también darán verdades a los puentes. Hay riqueza acumulada, iglesias y montañas. Difícil creer que la atmósfera pueda contener ciuda-

des como ésta.

Pero estoy seguro de que al otro lado de la ciudad no hay nada. Detrás del cuerpo de la Polola no había nada. Esto es todo, dice la Polola. en los pajonales bajo los árboles lejos del pueblo ocultando otra vez su cuerpo como todos. Antes de la Polola, de la atmósfera, yo tenía un sueño. Creía en él. Me conectaba. Después de ella el sueño desconecta. Es un puente roto. Sale de los cuerpos pero no te arrima a nada. Da al aire. Existe sólo porque se aferra al cuerpo. Es verdad por la mitad, por la parte conectada al cuerpo. De lo contrario desaparecería. Es un deseo, un humo. Pero existe. Uno caminaba por ese puente creyendo que se iba, que salía para ver. Después de la Polola uno ve que el puente se acaba. Se acaba el puente y el camino. Se acaban pasos y distancias. Entonces hay que volver y destejerlo todo, quedarse con el trozo de hilo en las manos sin saber para qué sirven hilo y manos. Apenas dura unos segundos la conciencia del sueño que promete salvación. Uno ya ha abierto los ojos, está casi despierto, está volviendo al cuerpo con un resto de conciencia. Uno vuelve del otro lado del puente roto, de la orilla donde ha dado pasos importantes. Uno alcanza a ver la trama de los pasos que ha dado en la parte inexistente del puente donde había una verdad y uno era una araña no una trama. Uno había tejido toda la noche, había descubierto un sentido, el fundamento. Pero entonces, pero si, pero qué maravilla pero cómo, todo tan claro no hay absurdos, tan cerca de todo sin saberlo, yo mismo he tejido la trama, he encerrado en su centro lo que hay al otro lado del puente roto, tejí toda la noche y ahora voy a ver lo que he tejido, soy el personaje soy la araña. Y entrabas en la atmósfera en Polola y llegaban los ruidos de la luz, del nuevo día, los gigantes convertidos en viento. Y ves que la trama existe, es cierta, está ahí mismo. Pero perte-

nece a la cortina de tu ventana, la inventó un fabricante de cortinas, la ves todos los días de tu vida. Ahora las dos tramas son una sola. Son apenas chispazos de segundo, tiempo casi inexistente lo que hay entre una trama y otra. Y uno sin saberlo ha ido perdiendo la conciencia de ser la araña tejedora, ya no soy la araña soy la trama, ya no tejo me tejen soy el hilo, los hilos conducidos en el día real llamado real que recomienza, que me excluye que me deja afuera. Y ellos tejen, me destejen, destejen la trama que hice durante toda la noche cuando era araña. usan mis hilos para tejer lo suyo, soy sus hilos y puedo ver cómo destejen mi trama en un segundo de chispazo, en un instante no ha quedado nada y los hilos vuelven al ovillo. Soy un hecho, pero externo. Allá en cambio tejía, miraba el mundo, yo mismo era el mundo. Y aquí me viven me destejen me vuelven al ovillo a la madeja al sótano, me tejen arañas invisibles, me adormecen con su baba, tejo lo que ellos dicen sus cañones sus miserias sus orgasmos, tejo la baba que me adormece, tejo dormido oigo contar hasta nueve y no puedo levantarme, no puedo ver la otra orilla donde tejía mi trama, la olvido, ni siquiera hay un puente roto para escapar, se me desteje la otra orilla, pierdo sus formas, creo que no existió, que la he soñado al lado de las paredes blancas, cabalgatas, abro los ojos, miro la cortina, la trama, miro mi mano, veo que soy yo mismo el que toma la punta del hilo de la trama mía y de un tirón consciente destejo el espléndido palacio, lo considero un sueño, vuelvo a poner el hilo en el ovillo, levanto la cortina metálica me presento a mis arañas aquí estoy como todos los días, cada uno a su tarea a su almanaque a su orilla a su sitio y hasta cuándo. Tocaste tierra hermano ya era hora; ya ves que con el sueño nunca pasa nada, al mundo no lo vas a arreglar vos; es la

entrada en el aire parte vital aguantaste la fricción estás vivo ya estás aquí con nosotros y eso es lo importante hermano; al fin de cuenta te tenemos vivo te has defendido bien es muy difícil lo que has hecho venga un abrazo es natural que llores que revientes así es la vida hermano, dicen los altoparlantes en lo alto de los postes.

Sí, pero dónde está Gretchen, digo sacudiendo la cabeza, espantando arañas, sus escorias..Y me meto en el bar, me empujo yo mismo para entrar, para ahogarte en alcohol dicen los tangos. Y me quedo mirando la mesa, las mesas que por primera vez son ciertas, pasó la fiebre y estoy sano como cualquier otro.

El mozo me pregunta qué voy a tomar. Mucha ginebra, le digo y lo miro pero no lo miro, siento que me están sacando de la atmósfera, me están sacando con un forceps cuando miro al mozo al señor Palcos que tiene una bandeja en una mano y en la otra el trapo de limpiar las mesas. Sí, tiene un diente de oro como siempre, pero de anillos nada. Un pantalón rayado y muy usado cubre las vergüenzas del señor Palcos. Un saco blanco con mangas ~~de~~ de grasa, corbatita negra y nada más, solo eso es el señor Palcos. Para colmo me pregunta normalmente por Tununa, yo no le digo una palabra. Hoy no pude ir, tenemos mucho trabajo, estoy haciendo horas extras, dice el señor Palcos. Pero el otro domingo seguro estoy allá, dice normalmente. Del otro lado del mostrador viene la voz del dueño que dice por favor no se distraiga atiende las otras mesas hay clientes esperando. Veo que hay mucha vergüenza en la cara del señor Palcos tratando de ser él que no se le escape lo que es. ¿Estás seguro que querés ginebra? dice ocultándome los ojos convirtiéndose en trapo en envolturas. Mirá que es fuerte, dice cuando me la sirve y se va haciendo equilibrio entre las mesas, reci-

be las propinas, quedese con el resto, muchas gracias señor.

¿Qué será de nosotros? Cuando el señor Hidalgo se entere de lo de la torta nos echará a todos a la calle, a las crecientes. Llegamos a Córdoba temblando. Tununa está muy vieja para subir a los andamios, y las Pecosas son débiles, son tontas, son inútiles, son tristes, son la letra de un tango, son tuberculosas, son suspiros, si se mojan se resfrían, tosen y se mueren. ¿Y qué haremos en Córdoba, qué dirá ~~la~~ Tununa cuando sepa que el señor Palcos no tiene siete coches ni chalet en el Cerro ni nada, que se disfraza de señor Palcos cuando le dan permiso y le prestan un coche, unos anillos, unos trajes y sueña ser el señor Palcos para que Tununa también sueñe? Estoy juntando plata para poder ir de nuevo, cada día hay menos propinas la cosa no anda bien, dice el señor Palcos llenándome otra vez la copa. Supongo que te habrás dado cuenta de qué va la cosa, son rebusques que uno tiene, ¿qué le vamos a hacer así es la vida. Qué hacés. Llorás. No seas pavo. Decime algo. No me toque, le digo después en la vereda cuando ve que estoy mareado y me dice andá a dormir la mona es lo mejor. No me toque, le grito, y él entonces me agarra la cabeza y la pone muy cerca de la suya para que lo mire bien. Escuchame una cosa, dice el señor Palcos clavándome unos ojos de señor Hidalgo víctima de robo. Si llegás a abrir la boca, si decís que soy mozo, te rompo el culo a patadas ¿has entendido? te rompo el culo a patadas mocosas de mierda. Y me voy, me va empujando el alcohol, qué será de nosotros, ha muerto el señor Palcos.

La torta, debidamente restaurada y bendecida, estuvo expuesta todo el invierno en el centro de la vidriera, sola. Ningún postre o manjar podía competir con ella. Un decorador de Bue-

nos Aires que llegó en avión se ocupó de instalarla en su santuario. Hizo traer esculturas de finísimos cristales y piedras increíbles extraídas del fondo del mar para que le hicieran compañía en la vidriera. Pocos objetos pero bien elegidos, aprobados por el señor Hidalgo con gestos de tremenda satisfacción y sabiduría. La guinda casi viva del centro de la torta coronaba a un príncipe entre tómpanos. Me dieron un uniforme azul lleno de adornos y bordados para que vigilase la torta, para que ninguna mosca se acercara, no a la torta, esto era inconcebible, ni siquiera a las inmediaciones. Largo el invierno, y más largo todavía sin el señor Palcos. La gente tiritando ante la vidriera señalando detalles de la torta, la gente con paraguas en el aguacero contemplando la maravilla del señor Hidalgo. Domingos llenos de albañiles que traían sus mujeres y sus hijos a contemplar la torta esa delicia. ¿Ves eso que está más abajo de la fila de avellanas? Son grosellas, enseñan las madres a sus hijos incrédulos. La Polola desnuda en el centro de la vidriera, rodeada de piedras marinas y otros objetos intocados. Hay fotografías que llegan de lejos. Hay que sacarla de la vidriera, llevarla al centro del salón, ponerla con cuidado en un canasto bordeado de tulipanes, apoyarla en el terciopelo, acomodar las luces, buscar ángulos perfectos bajo los ojos felinos del señor Hidalgo. Yo dejo el matamoscas, tomo la cortina verde, debo agitarla mientras sacan las fotos, me muevo bailando bajo el tul verde que después en las fotos será ondas marinas o celestes, vaya uno a saberlo, yo nunca vi las fotos. Todo ello rodeado del aire especial que tenían las cosas en la ausencia del señor Palcos. aire de cosas repetidas y definitivas. Los fotografías se van, haciendo reverencias. Con cuidado, entre pañales, que no vaya a tomar aire por favor, llevamos la torta hacia su cuna

hacia su trono y vuelvo a tomar otra vez el matamoscas. Con mirada asesina busco moscas en el aire.

Cada día hay menos Tununa en el salón de ventas. Cada día algo de ella se pierde por ahí o se queda en su pieza llena de almohadones inútiles y sin golondrinas. Ella sale y entra pasando ante los espejos. va a la farmacia, compra muchos medicamentos, y cada vez que pasa hay menos de ella, se está descascarando la Tununa. Las Pecosas la ven pasar, alzan del mostrador sus grandes ojos de cordero. De las seis o siete Tununas va quedando una sola. Nos va quedando solamente la del día lunes. Se le están cayendo de la cara ceras y porcelanas. Parpadea con ojos articulados de muñeca perdida en cajas de sombreros. No más curvas en sus pestañas, no más bosques azules y praderas alrededor de sus ojos. Hay silencio o palabras en voz baja, hay más orden en sus papeles y en la caja fuerte, la máquina del señor Hidalgo brilla como un estilete. Tununa ya no tiene domingos. No hay telegramas ni correos. Pero no llora. Solamente se derrumba.

En tren se van las cosas de Tununa. Las abejas las golondrinas los picaflores los aromas silvestres el papáquillín maduro son pañuelitos en el tren diciendo adiós. El dueño de la tienda dice adiós al té que tomaban al lado del correo. Estamos siempre serios. El señor Hidalgo ahora viene todos los días a controlar y llevarse el dinero. Todo impecable, hasta el sótano brilla. No hay una mosca viva, ni siquiera en la cocina. Todo está en su sitio. La torta en la vidriera y los albañiles bajo la lluvia. Somos fuertes, cada uno en su sitio. Hasta las Pecosas son fuertes. Un día se animan a contestarle al señor Hidalgo nada menos. También somos seres humanos, dicen las Pecosas, increíble, y el señor Hidalgo se calla, controla su pei-

nado en los espejos.

Un día aflojan las Pecosas. Vuelvo de la calle y las encuentro llorando. Y a ustedes qué les pasa. Por qué lloran. Lloramos por la señora Tununa, dicen las Pecosas en el frío, en el viento de agosto. Si no vuelve el señor Palcos es natural que sufra, les digo. Son asuntos de ella y nosotros a lo nuestro. Al menos podrías tener un poco de lástima por la que tanto bien te hizo, dicen las Pecosas con voz de viejas de velorio. Les vuelvo la espalda y me miro en los espejos. Gretchen tampoco vuelve y a mí nadie me tiene lástima. Tampoco hay lástima para el señor Palcos.

Si le digo que lo vi en Córdoba y que es un triste camarero el señor Palcos, que no viene porque tiene miedo de que yo haya contado algo, o porque no puede reunir el dinero necesario o porque no tiene ropa o porque ya nadie le presta nada, si le digo todo eso, si se lo dijera. ¿Cambiarle todo a la Tununa? ¿el mundo que vio toda su vida puede cambiar de golpe? ¿no es mejor morirse con la idea primera? ¿Tununa entrando en la atmósfera? ¿podría respirar? Ya está vieja la Tununa, sus pulmones no resistirían. Para entrar en la atmósfera hay que ser recién nacido, estar con todas las fuerzas, y aun así es durísimo. Ella daría un grito, moriría de un susto. El señor Palcos convertido en un susto. No. Es demasiado para ella. O a lo mejor el susto no la mata. Se desmaya solamente en medio del salón. No le sale sangre. Corremos con frascos de perfume llamamos al farmacéutico le damos masajes respiración boca a boca, y Tununa se salva. Y después poco a poco con jarabes vitaminas infusiones se va recuperando, recobra su visión y puede mirar al señor

Palcos que ha entrado por esa puerta y nos pide limosna, el sombrero grasiento del señor Palcos se estira en la punta de una mano por amor de Dios tengan piedad del pobre ciego. No, no aguantaría la Tununa. Para entrar en la atmósfera hay que nacer. Ella nunca ha nacido y ahora es tarde para eso. A la edad de Tununa uno no entra en la atmósfera, más bien se va de ella. ¿Cómo nacer a Tununa si no hay vientres ni embarazos ni un señor Palcos que la engendre? Uno se queja pero al fin y al cabo ha podido nacer. No está Gretchen, y bueno, pero uno ha nacido por lo menos. Tununa ya no tiene edad para nacer. Tununa apenas existía, la inventaba el señor Palcos todas las semanas. Ella era el sueño más hermoso del señor Palcos, y él era casi lo mismo, casi no nacido, se hacía soñar por Tununa, por su propio sueño. ¿Quién tiene la verdad aquí? Y ahora que no la sueña el señor Palcos ella tampoco tiene vida o sea sueño y por eso se cae se descascara se derrumba, y el señor Palcos sin duda está cayendo, es seguro que allá en Córdoba está quedando muy poco del señor Palcos.

De todo esto van quedando pocas cosas. Tununa y el señor Palcos tienen manos pero no tienen línea de la vida; las Pecosas sólo saben resfriarse y llorar; Gretchen es una ausencia, un sueño fijo sin andenes, una cosa a destiempo, cuando ella estaba yo no había nacido todavía, quizás ella se fue para que yo naciera; los albañiles no entran al negocio, ven los manjares desde lejos, en fotografías en películas; Roberto Airaldi es una mancha en la pantalla; los turistas desaparecen cuando acaba el verano. Me van quedando solamente el señor Hidalgo y la Polola. Quién tiene la verdad, quién es verdad aquí. Y si no le digo nada a Tununa viene a ser lo mismo, ella de ningún modo puede tener ya al señor Palcos. Tendría que nacer para

eso, y eso, ya se ve, es bastante difícil. Mejor vuelvo a poner todo en la valija y esta misma noche los tiro a la basura. Al camión triturador. Que el estruendo se pierda en el estruendo. El peligro es que uno en el envión se empuje también a la basura y se vaya con ellos. A lo mejor se vinieron conmigo para llevarme con ellos. Aquí solos todos nosotros en Madrid a punto de irnos buenas noches.

¿Y si no le digo nada a la Tununa? ¿Si dejo que siga dentro de su sueño? Así por lo menos le queda la posibilidad de esperar. En una de esas el señor Palcos consigue nacer del todo, buscar sus coches, sus corbatas, y aparecer otra vez por esa puerta, un diamante en la solapa, el sol en su cabello suelto. Que por lo menos se salven ellos. A los demás nos comerán los peces, las iguanas, las pirámides.

Si le digo la verdad a lo mejor solamente se desmaye. Alcoholes, amoníacos en la nariz de Tununa para levantarla del suelo. Ella verá al señor Palcos casi espantapájaros y cerrará los ojos en vergüenzas mortales, pero si se salva a lo mejor empieza a comprender, a nacer aceptando que el señor Palcos sea un ciego una piltrafa. Si no muere en el susto podrá nacer. Y si se muere, a ella le dará lo mismo morir bajo la bala de un guardián real que bajo la bala del que ocupa el lugar del guardián para matar. Qué le importa a la víctima la identidad del asesino. Se lo digo, no se lo digo. La muerte de un sueño es una cosa horrible. No ver el sueño puede ser peor.

Hay que hacer algo, les digo a las Pecosas. Vengo del cuarto de Tununa. Apenas puede moverse entre peligros. No le ayudan las piernas. Las tiene llenas de choncacos. En tremenda tormenta viene una nube negra y ella no tiene refugios conocidos. Un viento espantoso hace temblar la cama y los relojes, los retratos y la viga principal del techo. No queda un solo pájaro en su

pieza y han llegado los insectos del monte. No nos cuentes más, no queremos saber, no queremos sufrir llorar, dicen las Pecosas tapándose los oídos. Estoy dispuesto a sacrificar cualquier cosa para salvarla a ella y al señor Palcos, les digo. Pi-jensé, les grito, incluso estoy dispuesto a sacrificar a Gretchen para que se salven. Renuncio a Gretchen y se acabó. Qué más me pueden pedir, les grito. No hables, no nos digas cosas, no te vayas, no nos dejes en este valle de lágrimas ni después de este destierro, gritan las Pecosas en la histeria. Cállense, les digo. Ahora mismo voy a Córdoba a buscar al señor Palcos. Mientras tanto cuiden de Tununa. No abran las puertas, eviten las corrientes de aire, tengan el oxígeno a mano. Dejen de llorar y de temblar carajo. Ayuden a Tununa mientras vuelvo. ¿Y el señor Hidalgo, y el permiso, y las moscas, la torta?, dicen las Pecosas en temblores. Si el señor Hidalgo dice algo hagan como Gretchen: despeinarlo a cachetadas. No, no vale la pena, dice Tununa como puede desde su pieza sin mariposas. Deténganlo, que no vaya, tengo miedo, yo no quiero saber por qué no vuelve el señor Palcos, quiero que vuelva pero tengo miedo, está cayendo el telón, apagarán las luces, dice Tununa contra el viento.

No te vayas por favor. Quién matará las moscas quién abrirá la puerta quién le dará a Tununa una aspirina quién le dirá buenos días a Roberto Airaldi quién nos abrirá la puerta en la mañana en la madrugada, temblaremos de frío, afuera nos lloverá encima, toseremos, crecerán los ríos, no podremos llegar al negocio, cumplir con los horarios, llegaremos tarde nos sacarán radiografías, nos encerrarán en hospitales llenos de muertos, el señor Hidalgo se volverá loco, se arrancará los cabellos,

pondrá una bomba hará volar el pueblo los hoteles y los puentes, los albañiles saltarán hechos pedazos en el aire, sus cucharas quedarán sepultadas en la nieve, crecerán los ríos se llevarán caballos muertos, qué será de nosotras débiles enfermas contagiadas, qué será de Tununa del señor Hidalgo, se le romperá la torta, su bomba hace saltar la torta, sus adornos, las piedras traídas del fondo de los mares tan lejanos, si se muere el señor Hidalgo todo se viene abajo, mueren todos, mueren caballos y turistas, mueren los ríos, los puentes se derrumban, somos débiles enfermas se nos mojan los pies en el río y nos morimos, dicen las Pecosas desde el mostrador, desde el espejo, por favor no te vayas, no queremos que vuelva el señor Palcos ni Gretche,^{lv} que no vuelva nadie, solo queremos al señor Hidalgo, si Gretchen no se hubiera ido, si se hubiera dejado tocar por el señor Hidalgo, hoy seríamos todos tan felices, si te vas nos ahogaremos en el río, por favor no te vayas.

Está bien, digo cediendo a la razón de las Pecosas. Entonces todo está perdido. Ahora cualquier cosa puede entrar por esa puerta.

Para calmarme, deseo que, al abrir la puerta, a pesar de la nieve entren en el salón de ventas golondrinas y mariposas, aroma de piquillín maduro, una nube, una ranita a saltos, entren pájaros y nidos, frente a la puerta se detenga un nuevo coche del señor Palcos, dientes de oro, cigarrillos rubios en boquilla, cuatro anillos y una abeja de oro en la corbata. Que yo lo acompañe por el salón y él me dé un billete de cien o de cien mil en prueba de abundancia aunque signifique años de propinas; que con todo lo que le han prestado, pantalones anillos y corbatas, durante un fin de semana pueda ser el señor Palcos

con Tununa porcelana ceras vírgenes entre almohadones, risas de Tununa abriendo la ventana a los rundunes, amor y paz y nosotros cuidando, vigilando, las Pecosas en el mostrador cantando a dúo, descalzas mojando sus pies en el agua de los arroyos tibios; que Roberto Airaldi haga una compra fabulosa, casi todo el negocio; que diga me llevo todo menos la torta porque es una obra de arte, y nosotros envolviendo frascos y alfajores como locos, llevando los paquetes al correo en un camión; que pague con un cheque de un metro y el señor Hidalgo sonría por primera vez llorando de alegría, guardando el cheque en el chaleco o escondiéndolo en las medias de los zapatos sin saber dónde poner el cheque de tan contento el señor Hidalgo, felicitándonos a todos, muchas gracias muchachos, siempre pensé que ustedes eran buenos, lo que pasa es que.

Puros sueños. Deseos. El Palcos que llegó esa tarde, la última, vino seguido por las moscas. Lo dejo entrar, pero por la puerta de madera del costado. Usted comprenderá, tengo que proteger la torta, no puedo dejar que entren también las moscas. En nube negra las moscas zumban afuera contra los cristales. Con él han venido también tres o cuatro perros flacos. Quieren entrar, raspan los vidrios de las puertas con sus uñas. Ladran a las Pecosas. Hay que llamar a la policía, dicen ellas. Haga callar esos perros, digo al señor Palcos. ¿Le contaste, le dijiste algo? dice en medio de su saco blanco, de sus pantalones rayados, del moño de su corbatita negra. No lo sé, no me acuerdo, le digo, haga callar sus perros que se asustan las Pecosas. Dale una moneda para que se vaya, dicen las Pecosas. Ellas no saben de quién se trata, no pueden reconocer en él al señor Palcos. ¿Le dijiste algo? dice desde su barba de diez días blanquinegra y el sombrero entre las manos. Pase, le digo, vaya

usted mismo a averiguarlo, ella lo estará esperando en sus habitaciones. El cruza el salón brillante sin mirar los espejos, camina esquivando el miedo de las Pecosas.

Tununa, dice el señor Palcos en el fondo del salón de ventas. Yo corro a trancar la puerta de madera. Los perros, siguiendo el olor del señor Palcos, raspan y empujan para entrar. Por la presión que hacen, se adivina que hay también otros animales algo más fuertes que los perros. La nube negra zumbadora no está formada solamente por moscas. Hay un todo a trastocarse en un segundo, un tiempo que se niega a transcurrir, como si todo hubiese acabado ya y se tratara solamente de saberlo, de darse cuenta en un segundo quieto.

Tununa, dice el señor Palcos, el que ha traído este peligro. Y enseguida me llama, que por favor le ayude. Dice que está viejo, le duele la cintura, la lumbalgia, y no puede agacharse. Me voy al fondo y lo veo alzando lo que queda de Tununa. Juntamos labios secos pestañas onduladas ojos articulados trozos de mejilla porcelana ceras derretidas. Vuelve temblando con todo eso en el sombrero como monedas falsas, quiere abrir la puerta para irse.

Un momento, le digo midiendo el tiempo que nos queda para abandonar el barco. Se detiene tranquilo, mirando afuera como si no pasara nada. Esto es lo que han logrado, les grito a las Pecosas por echarle la culpa a alguien, esto es lo que han logrado, esto es lo que ha quedado de Tununa por culpa de ustedes.

No fuimos nosotras, gritan en plañidos las Pecosas. Anoche la señora Tununa dijo que le dolía mucho la cabeza. Estaba enferma, tomaba medicinas, tenía tos convulsa, artritis en las manos. No fue por culpa nuestra. Siempre la hemos querido y

ahora nos echan a nosotras la culpa, qué habremos hecho para recibir este castigo.

El señor Palcos me dice que me calle, que no siga haciendo llorar a esas pobres mujeres indefensas, él ya se va, iba pasando por aquí y se le ocurrió entrar, eso era todo. Un momento, le digo, de aquí no sale nadie por las puertas.

Rápido, no hay tiempo que perder, todos al sótano. Las Pecosas bajan los escalones huyendo de crecientes. Usted también, digo empujando al señor Palcos. Por ahí, digo señalando el tragaluz, poniendo una escalera. Cuando yo lo diga salen todos a la calle por el tragaluz, digo subiendo los escalones, entro al salón de ventas me llevo todo por delante casi no veo de la furia cuando abro la puerta de cristal y deajo que entre el gran zumbido, abro la puerta de madera a los tropeles que enloquecen. ¡Ahora!, grito bajando al sótano. Las Pecosas y el señor Palcos salen por el tragaluz.

Yo me quedo un poco todavía. Alcanzo a ver cómo se comen la torta con su guinda descarozada, los dulces y los postres salpicando todo el mostrador la caja los espejos los cojines de Tununa. Afuera encuentro a las Pecosas agarrándose la cabeza ante la vidriera viendo la torta que desaparece. Basta de llorar, les grito, las sacudo, y ayuden al señor Palcos que apenas puede caminar. El salón de ventas es un túnel lleno de moscas y de perros furiosos. Llegan la policía, los bomberos, los sacerdotes. Entre todos llaman al señor Hidalgo a grandes gritos. Nosotros corremos calle abajo, somos una cabalgata que se aleja. Vemos todavía que detrás de las moscas y los perros entran las bestias del Zoológico. Cataclismo. Ya estamos cerca del puente cuando oímos el ruido, la desgracia: ha llegado el señor Hidalgo, ha mirado el desastre, alcanzamos

a oír el ruido de la cabeza de huevo del señor Hidalgo que revienta contra un poste de la luz.

Tapo los oídos y los ojos de las Pecosas para que ni oigan ni vean los turistas muertos y los caballos en alaridos que las crecientes se llevan en remolinos. Estamos frente a la estación de trenes. Palcos y las Pecosas quieren correr hacia los andenes. Por ahí no, les digo, los andenes deben quedar libres para Gretchen. ¿No se dan cuenta de que sin andenes Gretchen no podría volver nunca? ¿Que andaría siempre ciega dentro de sus trenes? Vamos, les grito, al puente.

Allá vamos corriendo casi a saltos, dentro de lo que permiten las piernas del señor Palcos. No vale la pena, dice, pero lo alzamos un poco y lo obligamos a marchar arrastrando las piernas. Ya cruzamos el puente. Lo último que vemos son albañiles bajo la nieve poniéndole más puertas, más ventanas al pueblo para el próximo verano.

Estas maletas, una vez abiertas, no se pueden cerrar más. Aquí estamos otra vez juntos viendo llover en Madrid. El camión triturador de la basura está en la esquina. Con mandíbulas vírgenes tritura muebles viejos. Y este cuarto está lleno de basuras y recuerdos.

Entre mi coñac y la lluvia ellos gesticulan. Tienen miedo al camión. Un gesto de Polola me advierte que yo también soy un recuerdo. Un recuerdo de ellos. Cuidado, dice, el riesgo es el mismo para todos. Gretchen entre paréntesis. Polola en su misterio. Hidalgo recupera su cabeza, su peinado. Las Pe-

cosas, que verán a Dios, me miran reprochándome, acusándome. Tununa apaga la luz de la sala. Alcanzo a ver una tremenda mirada del señor Hidalgo diciendo que yo soy el culpable directo de la muerte de su torta.

Está bien, les digo, ni ustedes van a poder librarse de mí ni yo de ustedes. Dejemos tranquilo por ahora al camión triturador, de alguna manera tenemos que seguir viviendo juntos. Estamos otra vez en el jardín cerrado oyendo que allá afuera pasa la cabalgata que, ya se sabe, no regresará nunca. Pero hay que esperar, aunque no se sepa qué. Aunque, lo más probable, ese qué no exista. Entonces, o nos ahogamos o esperamos. Estamos en la atmósfera. El tiempo dará muchas vueltas. De aquí no se sale nunca.

AL OTRO LADO DEL MAR

Seguía cortando ramas para la nueva choza en ese lugar apartado aunque las palabras que estaba oyendo demostraban que cortar ramas y la nueva choza eran actos que ya no existían en el tiempo. Cortaba todavía algunas ramas inútiles como para prolongar algo que se iba. Sus compañeros parecían otros seres, no ellos, con esos trazos identificatorios en el pecho, y sus palabras decían con demasiada claridad que aquéllos, los temidos, habían llegado finalmente, traían armas y animales feroces no pensados, y ellos habían entregado todo a cambio de la vida. Estaban contados y repartidos, él también estaba contado aunque todavía no le hubiesen pintado el pecho, ni su mujer ni su hijo le pertenecían cabalmente ya. Por lo tanto era inútil seguir cortando ramas, no habría nueva choza, debía volver a la aldea y entregarse para que no matasen a otros. Y más, más palabras y espantos y el miedo que subía, entre palabras podía ver su propio miedo pintado en la cara de su mujer dejando caer por inútiles ya las ramas que traía. Para despintarlo estuvo por decirle que más allá del río la tierra se extendía sin término y que podrían huir adonde aquéllos no llegaran, pero las caras de sus compañeros, como adivinando sus pensamientos, eran todavía peores que las palabras para decir que eso era imposible. Las palabras y el miedo no llegaban al niño, él seguía cortando ramas, de esas pequeñas que sirven para trabar, había manchas amarillas alrededor de su boca, el huevo de avestruz comido esa mañana. Incluso podría demostrarle a ella que al niño no le harían nada, pero las palabras de los otros remolineaban en el aire, movían el aire como si fuese de barro. El aire con sol se puso de repente frío en la mañana detenida por las palabras.

Las palabras danzando en el aire quieto subían y bajaban, abarcaban toda su estatura procurando meterse en su cuerpo como un maleficio, aunque él se cerrase todo para que no penetrasen, aunque se tapara los oídos, ellas atravesaban piel y huesos, lo llenaban todo por dentro y cuando ya no cabían, cuando arqueaban huesos y ya no dejaban circular la sangre, salían por lo blanco de sus ojos otra vez al aire paralizado mientras el acto de cortar ramas desaparecía en el tiempo.

Caminaban por montes cambiantes que tenían la apariencia de ser mirados por última vez, sintiendo el huir de iguanas y lagartos, los miles de ojos de la fauna que los veía pasar desde los matorrales salvíficos, los animales sabían muy bien lo que pasaba y también tenían miedo. Desde niño había oído que vendrían unos hombres como dioses, acaso desde el aire, para llevarlos a un no muy definido paraíso. Para eso tenían que pasar muchas lunas, y ahora las lunas habían pasado y el tiempo se acababa. ¿Volando?, preguntaba sin mirar a nadie. No, no volaban, pero quizá pudieran hacerlo, y le mostraron el espejo donde vio su cara: El objeto parecía un trozo de río artificial, igual que el río le devolvía su cara, pero demasiado quieta, indicio claro de que el tiempo se había acabado y ahora qué. Tienen muchas cosas como éstas, decían las palabras, que ayudadas por señas describían perros y arcabuces, ruedas y caballos, posibles elementos del cielo presentido. ¿Muchos?, preguntaba refiriéndose a matar, y un monosílabo que duraba más de lo debido respondía ^{muchos} Si han matado no vienen del cielo, pensaba justo cuando estaban por cruzar el río próximo a la aldea tomada y oía los ladridos de los primeros perros en el mundo. escalofríos, le explicaban que no eran los arcabuces. eran armas. sí, pero vivas.

No veía todavía a los invasores, pero era como si estuviesen. El paisaje corriente era otro. Parecía que habían talado todos los árboles, aunque estaban ahí, con otro aspecto. Los animales del monte y del río eran claramente una posesión de ellos. El poder de los invasores vivía por sí mismo, no era necesaria que estuviesen presentes para verlos. Sin llegar, habían llegado con toda su verdad hasta la choza que estaba construyendo allá lejos, un lugar que los invasores no verían nunca pero que les pertenecía, y a esto lo sabían también los animales de la selva. Eso pensaba o alguien estaba pensando eso en él. Los pensamientos venían de afuera como los hombres que ahora tendría que ver. Tampoco sus pensamientos le pertenecían. Eran de ellos.

No eran muchos. Menos mal que perros y caballos estaban atados a los árboles irreales. Sin soltar sus armas de fuego y sus puñales, habían dividido y marcado todo el terreno, ^{puesto} /vallas por todas partes, encerrado a todos los hombres, que como el paisaje habían cambiado de aspecto, parecían animales domésticos. Todo estaba hurgado y mirado. En la tienda que montaron estaban apiladas todas las cosas que existían en la aldea. Cacharros, adornos, hilos de colores, metales preciosos, grasas y ungüentos, ^{hierbas} medicinales, instrumentos musicales, calendarios, hachas y flechas. Cuando todo estuvo visto y clasificado preguntaron por los muertos y removieron la tierra del cementerio, abrieron las urnas y quitaron a los cuerpos todo lo que brillase. Y todo lo hacían ululantes en una lengua imposible, eran voces de mando altisonantes, hijas menores de la voz ronca de los arcabuces que producían muerte instantánea en el mismo tiempo en que una piedra se hunde en el río.

Entra en su aldea como si fuese a robar algo. Su mujer desaparece con otras en un extremo del caserío, las encierran. El mira de a poco a los invasores. Mucho tiempo los ojos están mirando las botas y apenas se atreven a subir hacia la altura de los puñales. Las voces de los hombres se mezclan a las de los perros, y hay caballos que masti-

can metales. Mira la mano del hombre que le pinta el pecho, ahora mira el pecho pintado de su compañero de encierro, cuando está diciéndole algo el guardián levanta el arcabuz. Él ve entonces primero el orificio negro y detrás la cara del guardián, por primera vez los mira, ojos azules y cabeza metalizada. Desde las botas hasta la cabeza de metal el sol pone espinas amarillas de huevo de avestruz en todo el contorno del invasor y ve que su cara es preferible a la de los perros irascibles. El guardián protagoniza algo de lo que él está excluido, pero le permite algunos movimientos y él entonces puede moverse un poco, no demasiado porque si no el hombre alza el arcabuz; entonces se mueve pero siente que sus movimientos pertenecen al guardián. Alguien se ha movido de más, pero antes de que llegue al matorral salvífico más próximo los perros lo corren insultándolo, lo atrapan, lo muerden, le están comiendo las piernas para que no se mueva más. Él mira al guardián, sumiso y sonriente como hembra lo está mirando. El guardián dice algo con voz que no es de mando y le da un espejo, él se mira y puede ver que es un miedo en el espejo.

Y en medio de la noche adiós aldea, con los ruidos y la prisa y los gritos de mando y correr en la oscuridad empujado por los arcabuces, alzar bultos y llevarlos a través de la selva oyendo los gritos de las aves nocturnas agoreras, los animales que huyen ante el paso de los hierros los cocodrilos que saltan ^{de} ~~en~~ sus lechos acuáticos y los pichones que caen de sus nidos. Las espadas cortan la maleza y dejan ver la luna. Él la mira oyendo ~~ayenda~~ gritos en la cabeza de la columna, los perros están enloqueciendo, alzar los bultos y oír las ramas que se quiebran, son ramas para chozas, hay un caballo que pasa a su lado pero no lo muerde, no dice nada el caballo, y con las primeras luces del día el rumor del mar que separa a los vivos de los muertos, el tiempo ^{que} se acaba a la orilla del mar.

Desde el bote veía la carabela dispuesta a volar. Un momento preciso, en que la tierra y el mar estaban quietos, sin tiempo. Uno de los hombres

apoyó la punta de un remo en el extremo de la tierra y la empujó. El mar se quedó quieto y la tierra empezó a alejarse. Todo se iba ahora. La orilla, y más allá la selva con sus pájaros y jaguares, la aldea y las urnas funerarias que quedaron sin desenterrar, el tiempo de la caza y de los frutos, la molienda del maíz y el nacimiento de los hijos, todo se iba para atrás empujado por la punta del remo. Tanteó la flecha de piedra, el amuleto, el espejo y la pipa de arcilla que le regaló su mujer cuando durmieron juntos por primera vez. Se llevaba todo eso al otro mundo.

Habían combinado miles de árboles para hacer la carabela. Quién sabe cuánto tiempo cortando tablas con esas hachas relucientes. No se trataba de un árbol gigantesco que hubiesen ahuecado; habían formado un gran hueco con muchos árboles. Ellos trepaban fácilmente por la cuerda. A él se le paralizaban las piernas. Dos hombres de ojos verdes lo izaron. Sentía que su cuerpo no era nada. Podían hacer desaparecer su peso. Una piedra para tirar al mar. La tierra que dejaba también era casi nada. Los grandes árboles, empequeñecidos hasta el tamaño de un hombre. Si había hombres, eran ya imperceptibles. Mucho más imperceptible su hijo por supuesto, y mucho más en su boca las manchas del huevo de avestruz.

Apoyado contra un palo, veía cómo lo miraban. De la profundidad de la carabela seguían subiendo para mirarlo con asombro. Por primera vez se atrevía a mirarlos cara a cara. No todos tenían cabeza metalizada y barbas amarillas. Los había también de barba negra, de ojos pardos, altos y bajos, sin hierros ni correaes, contrahechos, algunos pequeñísimos. Vio caras de ojos hundidos, manos rotas de tanto mover cuerdas, ojos de mirada mansa como las corzuelas cuando van a morir.

Lo dejan solo en el estruendo de los hombres que gritan y se mueven entre las cuerdas y los palos. Corren de un lado a otro tocando esta o aquella parte de los árboles que forman la embarcación. Unos trapos se hinchan de viento, el barco tiembla como árbol que es, el viento zumba, los hombres ululan, alguien ha muerto sin duda ahora que la carabela pe-

netra los mares: o él o la tierra que se aleja tan rápido. Ahora sabía que la tierra también estaba en el mar, la veía navegar con sus ríos, sus montañas, sus nubes y sus cóndores. El viento llora en el ojo, el ojo está vivo, entonces lo que muere es la tierra que se va. No es bueno mirar el mar, decía un brujo. El ojo mío llora vivo en el mar de lo muerto, así lloraron los abuelos cuando se fueron a mirar el mar para morirse y encontrar el paraíso. La carabela también se iba, se moría, y entre la carabela y la tierra muriéndose se abría cada vez más el mar. La tierra ha desaparecido, está tan lejos como los abuelos muertos. Las manchas de huevo de avestruz están lejos. El mar mismo está lejos. Todo está demasiado lejos y lo que está lejos es del mar.

El mar que a partir de ahora vería en partes minúsculas, en el fondo de la carabela que hacía agua y en el cubo que le habían dado para que sacase el agua y la echase otra vez al mar. Cuando conseguían tapar un hueco, el agua ya estaba entrando por otro. El no sabía si dormía de día o de noche sacando agua bajo el sol y bajo las estrellas que también se iban porque eran otras, hasta caer dormido de día o de noche, sin ánimo siquiera para comer la galleta que le daban.

De alguna manera todo esto era un engaño. Eran verdad los ríos que recordaba y los animales, el alumbramiento de las mujeres y las bestias, los vivos y los muertos. Todo esto era en cambio un violento equilibrio, algo armado y apenas sostenido por un mecanismo precario. Si el cubo no sacase afuera el agua que entraba por los huecos, la carabela estaría hundida. Si los árboles cuidadosamente talados y atados entre sí se desatasen para volver a ser árboles, la carabela se llevaría todo al fondo del mar, hombres, perros y caballos. El mar no era natural como la lluvia. Nadie podía vivir sobre el mar, ni siquiera las aves. Los que desafiaban el mar no eran de la tierra, o eran dioses o estaban muertos. Eran hombres muertos los que lo sacaron de su tierra y lo llevaron por el mar.

Sacando agua de día y de noche hasta que el cansancio lo postraba (el cansancio era su verdadera noche) percibía que la sucesión de la luz y de la sombra no variaba, ni la vigilia y el sueño, ni el hambre y la saciedad. Eso era lo único cierto por ahora y a eso debía aferrarse. A esto no habían podido cambiarlo ni atarlo con cadenas ni matarlo con sus arcabuces ni hacerlo morder por los perros. Lo demás era sin duda una pura invención que algún día se destruiría sola, cuando acabase de ser una invención que no puede durar. Inventos los viajes, inventos los metales con que cubrían sus cabezas, inventos los arcabuces y los puñales, inventos sus palabras incomprensibles, espejos y papeles, sus barcos y sus trapos al viento, sus barbas y sus gritos irascibles. ¿Qué hará esta hora el niño que apenas se alzaba de la tierra? ¿Quién lo protegía del mal tiempo y de los animales feroces? ¿Qué harían la piel de su mujer y las ramas de la choza? Aquello tampoco podía ser cierto ya, de tan lejos, de tan empujado por la punta de los remos. Entonces era cierto que estaba cruzando el mar (o el mar a él) como nadie puede cruzarlo estando vivo, entonces era cierto que iba al paraíso adonde iban los abuelos.

Cuando había estrellas, unos seres casi piadosos venían a acompañarlo. No tenían un lugar fijo en la embarcación, como él y casi todos. Sus desplazamientos coincidían a veces con los de los hombres sobre las tablas crujientes, pero eran tan veloces que generalmente escapaban a las pisadas. Cuando no podían, bajo los pies de los hombres reventaban en sus cáscaras con ruido de fruta seca que se aplasta con piedras. No tenían sangre, apenas un líquido que duraba un momento hasta que la madera lo absorbía. Parecían grandes piojos negros con alas. Había otros, más grandes, que por la noche roían la madera, se comían el barco poco a poco y desaparecían cuando alguien se acercaba. Apenas había podido ver el brillo de sus ojos y atisbar las orejas y la larga cola de ceniza. Vivían entre el poco alimento

que llevaban y de noche eran los verdaderos dueños de la carabela.

Los hombres y el barco, las estrellas y los soles, todo estaba encerrado en el mar. El mar no era el agua. Las aguas eran de los ríos. El mar era de espacio, de espera sin nada atrás o adelante. No lo dejaba estar consigo ni tener recuerdos. Todo lo contenía. Aunque se reunieran mil carabelas y mil hombres dentro de cada una, el mar estaría siempre solo. No admitía compañías de ninguna naturaleza. El mar era su color, su ruido y su espuma. Era lo que estaba detrás de todas las cosas. Ahora comprendía lo que decían las viejas, que cuando el caracol se muere el mar queda dentro de su esqueleto. El mar era el padre, el principio, lo cierto. Pero las viejas ignoraban que el mar tenía dueños. Había visto a esos hombres correr enloquecidos por la cubierta cuando venían las tormentas. La tormenta gritaba y ellos también gritaban, el mar gritaba y ellos respondían, con trapos y con cuerdas dominaban las tormentas, las insultaban, no les tenían miedo. Ellos y los arcabuces comprendían el idioma de las tormentas. Eran todos de la misma tribu. Los gritos de los hombres eran las voces de otros arcabuces, los que usaban para matar tormentas. Ellos mismos se convertían en arcabuces para matarlas.

¿Nunca terminaría el mar? Si este era el camino de los muertos, entonces los muertos no llegaban nunca a ninguna parte. Ahora comprendía lo que era morir: andar para siempre. Por ahí andarían sus abuelos fumando largas pipas. O quizá no fuesen a ninguna parte, ni él ni los abuelos, quizá la carabela estuviese quieta y fuese la tierra la que se alejaba con la muerte, empujada por la punta de los remos. Ahora comprendía muchas cosas, podía atisbar por qué nacían los hijos y brotaban las plantas, por qué morían los viejos y caían las hojas, el misterio de los días y de las noches y la mirada de los reptiles. El sol y la luna eran como grandes bestias vomitadas por el mar. Y el mar no podía ser de agua porque el sol

nacía en el mar y no se apagaba, salía y se ponía con las mismas llamas. El mar era la más blanda de las tierras arables, y abajo estaba lleno de soles que nacían cada día y se escapaban hacia la tierra de sus abuelos.

Ahora a lo lejos pasaban montañas, tierras que se iban como se había ido la suya. No era uno quien moría sino la tierra que se iba. Y cuando la tierra moría, uno se iba al paraíso a encontrarse con los abuelos, con todos los padres que había tenido. Esas tierras que pasaban allá con sus montañas y sus nieves no eran paraíso porque estaban muertas. Quizás uno no llegase nunca al paraíso, pero siempre camina^{bá} hacia él. Miraba el viento inflado en las velas y sentía que iba hacia ese lugar sin frío ni enfermedades, donde por cada fruta que cortaba del árbol brotaba otra en un lugar simétrico, donde se vivía para siempre porque el camino nunca terminaba. No era necesario morir para ir al cielo. Bastaba con la muerte de la tierra, lo sabía ahora que las montañas también desaparecían y los marineros cantaban, tenían una madera de música en la mano y le daban de beber también a él ese licor morado que los hacía cantar y llorar en el mar. Alguien le alcanzó la madera musical. Tenía forma de mujer y muchas cuerdas. El era capaz de tocar sobre una de ellas. Tenía los sonidos que conocía y otros que no había escuchado nunca. El cantaba y los hombres lo escuchaban meciendo sus cabezas y sus copas. En el canto les agradecía el líquido morado y les preguntaba de dónde eran los perros y los caballos y quién les había regalado los arcabuces y la carabela, quiénes eran ellos y adónde lo llevaban, por qué mataron a algunos en la aldea y qué les pasaría a los que quedaron en la tierra. Cuando el canto terminó los hombres le dieron palmadas amistosas, bebieron agua morada en la misma copa, juntaron sus manos con las suyas y esa noche lo dejaron dormir desatado. Las voces de la mujer de madera se perdían con él en el mismo sueño. Despertó tocando los objetos que traía del

otro mundo. La carabela estaba muy quieta. Podía ver claramente las agujas y las torres del paraíso.

Las casas del paraíso parecían flotar en el aire, pero sus piedras estaban bien pegadas al suelo, una tierra porosa como recién arada. Perros y caballos se movían sobre la hierba como soñados. También eran soñados los árboles de donde nacían las carabelas. Los pájaros existían como allá, sin grandes diferencias. La contemplación del paraíso no iba con el mismo ritmo que su ansiedad, que quería verlo todo hasta sus confines. La tierra subía y bajaba en ondas impidiendo una visión total y el encuentro con los abuelos. Uno subía hasta la cima de la onda para ver otra parte, y en ese momento desaparecía la parte anterior detrás de la ondulación. La nueva parte también era pequeña y fugaz. Uno se mareaba y con ojos nublados veía a la gente de las aldeas asomada a las puertas para ver pasar a los soldados. Y todos lo miraban a él, especialmente las plumas de su cabeza y el papagallo que llevaba en la jaula. El sol. El sol se había levantado mucho, emergido del mar distante. El paraíso no estaba en otro mundo, había un mismo sol para la vida y la muerte. Cuando sintió el rumor de un río buscó las montañas que le correspondían, y allá estaban a sus espaldas, esplendiendo. Aquí los ríos profundos no se cruzaban en canoa. Los pobladores del cielo habían alzado unas piedras inmensas sobre las aguas y podían pasar los ríos ^{en canoa y} sin mojarse los pies. Los mismos árboles de donde nacían las carabelas estaban curvados hasta tocarse los dos extremos del tronco sin romperse. Les ponían caballos adelante y eso servía para andar y llevar cosas pesadas, todos los objetos de su aldea eran arrastrados por un solo caballo como si fuesen plumas y pasaban sobre los ríos sin tocar el agua. Caminaba al lado de uno de los caballos mirando los ijares sudorosos y las botas del soldado, percibien-

el olor dulce de las bestias del paraíso. ¿Tú no mordiendo no pegando no? Entonces yo bueno mucha comida dando. El soldado lo mira y se ríe, el caballo no responde pero escucha, sus orejas se han movido para escuchar. De la casa más alta de la aldea viene la música de las campanas, las oye cada vez más débiles hasta que el pueblo queda atrás con sus techos rojizos y la gente asomada a puertas y ventanas, el pueblo desaparece detrás de la ~~mmmm~~ ondulación, hombres, carros y caballos ondulan sobre la superficie del paraíso mirando y desmirando pueblos que se asoman y desaparecen.

La cara de la gente. Imposible retener tanta cara asomada que lo mira. Puede recordar una por una las caras de su aldea de allá, no son muchas. Aquí son incontables, por eso no las puede recordar. O acaso porque todas son iguales. Bocas, ojos y cabellos se diferencian, pero no puede diferenciar ninguna cara, ni siquiera la de los soldados. Todas las caras lo miran a él, son caras bellas que lo miran y se asombran. Algunas caras lo han mirado con miedo. En el espejo mira su propia cara y ve que no es como las otras, hay labios demasiado gruesos y color distinto, hay huesos que salen demasiado de la carne, hay esas plumas que le obligaron a ponerse no siendo su momento, las plumas son para las fiestas o la guerra, no hay pelos en su cara como en otras, se ve semidesnudo y casi descalzo, se avergüenza, es un papagallo dentro de su jaula, es un monstruo caminando por el paraíso. Y el miedo.

Todas las porciones de paraíso tienen una casa más alta para las campanas. La caravana se ha detenido en la porción de ahora y los soldados principales han entrado en esa casa tan alta. De adentro sale una música casi intolerable, luego un murmullo de voces como el ruido de un río en la noche. El soldado que lo vigila gesticula diciendo que puede asomarse a la puerta y mirar. Cuando el soldado lo toma para llevarlo él retira su cuerpo, el murmullo de los ríos

nocturnos siempre le da miedo. Pasan muchas caras que lo miran y ninguna se acerca demasiado, lo miran desde alguna distancia a él y al papagallo, si alguien quiere acercarse más el soldado dice cosas y muestra su arcabuz. Hay muchos hombres viejos y casi sin ropas que estiran la mano hacia los soldados y hacia las caras de personas ricamente vestidas, hay muchos niños descalzos como él que también estiran las manos implorando, hombres y mujeres llevan cosas en cacharros y pregonan, tienen un grito de pájaros del monte, triste, perros manosos y animales de lana y caballos grises y pequeños que deben ser muy buenos ellos no mordiendo nunca no, andan mezclados con la gente que implora estirando las manos, y las voces que vienen del interior de la casa de las campanas también imploran, imploran con unas voces que también se parecen a la de los pájaros del monte, no es voz para hablar, suena como un canto y ya los soldados salen de la casa de las campanas. Entre ellos hay un hombre vestido de negro, los soldados le permiten acercarse a él más de lo debido, el hombre de negro toca su cabeza y le da una medalla donde una mujer hermosa tiene un niño en brazos, el hombre de negro gesticula dice cosas que él no comprende, se da cuenta sin embargo que el hombre de negro le está diciendo que hay algo muy importante para él en la casa de las campanas, cuando él entre en esa casa dejará de ser un animal pero ahora es un animal, cosa que él ya sospechaba, qué otra cosa puede ser uno en el paraíso.

Hay gritos de partida y ahora puede mirar sin asombro a los hombres que montan a caballo, ya sabe que son dos cosas diferentes. Aparecen tres mujeres con cántaros de agua. Una de ellas habla con el soldado, que le permite acercarse sin alzar el arcabuz. La mujer le da de beber del cántaro, a él, a uno le dan de beber, mirándolo intensamente con ojos verdes que él nunca ha visto, una mirada que él se apresura a guardar dentro de sí, hermosa piedra verde hallada en el fondo del

socavón, es algo regalado que hay que guardar para otros días piedra de agua verde hallada en el paraíso. Guarda también dentro el olor del cántaro tierra mojada y el olor a hierbas de la mujer que lo está mirando en este formidable final del mar que está percibiendo en los ojos de la mujer que ya se acaba se aleja con su cántaro. Los carros se mueven, el soldado lo empuja para que camine y en lo alto de la ondulación de la mujer del cántaro todavía hay para él dos puntos en el aire como la picadura de una víbora pero dulce, son dos peces que lo siguen. Camina con cuidado como si transitara los ojos que lo han mirado. Quizás a partir de ahora, gracias a los dos puntos de la mordedura ofídica, él se parezca a ellos, se le aclare la piel y los ojos se le vuelvan verdes. Sabe que las cosas buenas que hay en el mundo son hermosas porque fueron contempladas por los dioses, siente que el aire que viene de la montaña se demora en su cuerpo semidesnudo, presiente que su perfil es algo perfecto contra el viento. Perros y caballos son ahora figuras familiares ella mordiendo, y en la parte baja de la ondulación, cuando el pueblo ya ha desaparecido, se huele los brazos y las manos, percibe otra vez el olor de las hierbas sosteniendo el cántaro, él mismo huele a hierbas, huele a ella, es muy probable que al otro lado de la ondulación próxima se encuentre con los abuelos.

Muy adentro del paraíso hay noches, lluvias y más perros, lluvias oídas desde la posada ligado a su guardián ~~con un recuerdo~~, lluvias interminables para recordar lo visto. Hay muchas cosas que se repiten como las caras de la gente, cosas que no puede nombrar pero comprende. Paraíso, pero los caballos qué, y también están los mendigos, los castigos, los castillos y las cárceles, los hombres de negro en sus casas misteriosas donde viven las campanas, los señores en sus grandes carruajes y los ciegos, ciegos y miles de mendigos cantando como

pájaros que lloran en el monte, arcabuces y puñales, los carros con sus ruedas de árbol de carabela, todo armado precariamente, techos y carabelas apenas se sostienen, las carabelas flotan por milagro, el carro pasando sobre el puente es un peligro, el árbol curvado de las ruedas puede enderezarse, el tronco buscando su estatura, las ruedas desplegándose vuelven a ser troncos, saltan las ruedas y todo cae en el fondo del precipicio, estos hombres enloquecidos pueden perderlo todo en un momento, caballos y arcabuces pueden volverse contra ellos, han armado mecánicamente un mundo que en cualquier momento puede desarmarse, las aldeas que ha visto tienen techos rojizos que un viento fuerte podría llevarse, por qué hay tantos mendigos y adónde está la comida, ha oído quejarse a muchos hombres, viven juntos pero se castigan, hay garrotes y puñales y gente sin defensa y grandes fortalezas en lo alto de las montañas, y en casi todas las caras hay tristeza, todo está armado como para caerse, todo está viviendo como para morir ahorita mismo, adónde están sus dioses, hermosa gente triste, hermosas ciudades que se llevará el viento, hermosas carabelas y hermosas ruedas que volverán a ser árboles, hermosos cuerpos que se ocultan en la ropa como si tuviesen vergüenza de estar vivos, todo tan triste entre las campanas, hermosa gente vestida que no juega, todo lo hace seriamente en el paraíso, nadie puede mirar el cuerpo del otro, cuerpo triste que no juega, mezclando árboles con piedras para hacer casas y ciudades y campanas y grandes puertas para mil hombres juntos, puertamedo y casamedo, campana y arcabuz, cántaro y garrote, alguien llora afuera bajo la lluvia y la noche, las lluvias del paraíso son muy tristes, adónde irán los hombres cuando la lluvia se lleve las ciudades, y tan solos que están todos mezclando piedras y maderas y metales, navegando, mendigando, castigando, custodiando, rezando, ocultando sus cuerpos como si les tuviesen miedo,

la hermosa gente llora bajo la lluvia, llora cansada y vieja, son como dioses pero no tienen dioses, viven armando permanentemente el paraíso pero qué dioses van a poner adentro, y si se distrajesen para jugar un momento el paraíso se vendría abajo con sus casas sus castillos sus príncipes sus caballos sus mendigos.

Todos ululan como en las carabelas cuando las tormentas, todos corren en la ciudad llena de criados y soldados ululantes, hombres y mujeres limpiando calles y monumentos, los soldados lustran sus armas y sus botas, brillan las hebillas y los escudos, hay voces de mando entre los hombres que corren nerviosos, otros deben quedarse en su sitio como él, lustrar la jaula del papagallo otra vez, un poco de cera para el pico del papagallo, a él le han dado un trapo blanco en sustitución del taparrabos, ya va a llegar el que se espera, ya se oye el estrépito de su carraaje sobre la calle que vuelven a barrer las mujeres, hay discusiones, los músicos ensayan sus instrumentos, alfombras en la calle hasta la entrada del palacio, no ha quedado un solo mendigo en la ciudad, ya los llevan los soldados hacia un pueblo vecino para que se escondan, ya llegan los primeros carruajes, los caballos lucen hebillas y penachos, miles de velas encendidas en el palacio, la gente desaparece de las calles que custodian los soldados, la gente atisba por las rendijas de sus ventanas cerradas el paso de la carroza que llega, ya baja el esperado pisando las alfombras del paraíso, ya penetra en el palacio de las diez mil luces, ya sube al estrado, ya llegan los soldados al sitio donde él y el papagallo esperan, ya le acomodan las plumas que nunca ha usado, ya le dicen cómo debe actuar cuando llegue a su presencia, ya lo llevan con su jaula y por una puerta lateral entran en el palacio, hombres y mujeres se inclinan ante el hombre que está en lo alto de su silla de oro, todo el mundo tiene miedo entre tantas velas encendidas y joyas joyas, el palacio mismo es una gran joya, el hombre vestido de

oro es una joya, los hombres se arrodillan ante él, si él alzara una mano el palacio desaparecería, es más fuerte que el viento y que las lluvias ese hombre más que hombre, desde el mar hasta aquí, todo lo visto, gentes y ciudades, todo está amontonado alrededor de él, él es su centro. las carabelas son sus orillas, el mar es una orilla suya la choza que no pudo terminar en su aldea es el último pliegue de su vestido de oro. los mendigos son sus piojos, todos están arrodillados. él levanta una mano y todos se ponen de pie, la luz del sol cambia de color cuando entra a su palacio, los soldados principales se adelantan y hablan con el señor de las luces, brevemente, ordenadamente, cuando terminan de hablar se retiran sin dar la espalda a su señor, ya se acerca un soldado y le dice que avance con su jaula, él da unos pasos y se inclina como le han dicho que lo haga, el señor de las luces fija sus ojos de pescado en el papagallo, alguien le levanta la mano con que él sostiene la jaula para que el señor la mire mejor, él mira al señor de las luces, ve su cara lechosa y sus ojos cansados. todo brilla alrededor de los ojos del pescado que no se sabe si son buenos o feroces, son ojos de pescado solamente, todas las joyas y el oro y los cuadros y los tapices y las ciudades alrededor de los ojos del pescado, los ojos en el centro del paraíso cuidadosamente armado día a día por las hermosas gentes que tienen vergüenza de sus propios cuerpos, ya ha vuelto a su sitio con el papagallo, debe esperar sin moverse de su sitio, le cuesta respirar entre el olor de las velas, el señor se levanta entre músicas tremendas, sale seguido de soldados y sube a la carroza, los criados apagan las luces, ya han recogido la alfombra de la calle, la carroza se aleja, se abren las ventanas, la gente vuelve a la calle, ya se acercan los mendigos y la noche. Las carabelas fueron hasta su aldea para traer el poco metal precioso que allá había. Un poco de metal

que apenas será un brillo pequeño entre tantas luces y tantos metales que brillan alrededor de los ojos esos que acaban de partir en la carroza. Algo está comprendiendo. Se queda quieto en el sitio que le han fijado, siente que estando allí tan quieto sosteniendo todavía la jaula del papagallo contribuye a sostener el peso del paraíso. Le han dicho que no se mueva hasta que le ordenen lo contrario. Si se moviera podría abrirse una rueda o caerse una torre. Se queda quieto al lado del papagallo para mantener el equilibrio del palacio, no se atreve a quitarse una pluma que no le corresponde.

Con un poco de agua que el hombre de negro saca de una pila y le echa en la cabeza y unas palabras misteriosas que acompañan el movimiento de la mano trazando rayas en el aire, tiene el camino libre hacia la casa de las campanas. Ahora vive en la casa de su guardián, trabaja su tierra y viste como los labradores, des de allá han venido juntos para la ceremonia que ya acaba, el guardián le da palmadas cariñosas llamándolo José. Ya no es un animal, le dice con sus gestos el guardián, es una persona como él, debe sentirse orgulloso, hay un dios que lo protege que ahora mismo va a ver desde muy cerca. También ahí hay oro y cuadros que parecen vivientes, columnas y ventanas donde el sol cambia de color, sin duda para rodear al dios que vive ahí. Hay muchos dioses va pensando, mirando uno por uno los dioses que cuelgan de las paredes o están ~~pintados~~ pintados en los techos, los hay con alas y con mantos, hembras y machos todos hermosísimos, el guardián le toma el mentón para que mire, el dios que ahora lo protege está clavado sobre dos palos, cuelga de los palos con los brazos abiertos, no puede ser dice en su lengua, el guardián señala allí sin embargo su dedo apunta al dios yacente, está muerto dice él. el guardián no comprende, él tampoco comprende que esté muerto y pregunta quién lo mató, acaso los caballos y por qué lo mataron.

el guardián se hace cruces en la cara y en el pecho, el río nocturno suena en la gente que ahora reza porque sabe que va a morir como su dios. A él le tiemblan las rodillas con el mismo miedo que vio pintado en la cara de su mujer, ahora sabe que con el agua que le echaron en la cabeza ha comenzado su muerte, lo matarán con el arcabuz y lo clavarán sobre los palos. En su aldea la muerte era una puerta que se abría y aquí es una puerta que se cierra, por eso la hermosa gente está siempre tan triste, hacen el paraíso para distraerse de la muerte, por eso los arcabuces y los perros, por eso cubren sus cuerpos, por eso no juegan, al llamarlo José su guardián le ha dado un nombre para la muerte. Los abuelos no morían, se iban, pero él, que ahora se llama José, se quedará cuando se muera, y esto es lo malo del paraíso, aquí la muerte no está al final del camino donde se abre otra puerta, ahora le trepa desde los talones y anda con él y con su sombra por la calle, en la calle los mendigos lo miran con ojos de morir, los ojos del pescado de la carroza estaban mirando la muerte, las carabelas cruzan los mares buscando más oro para la muerte, todo el oro amontonándose alrededor de un muerto, aquí se usa la muerte para todo, en la ropa que oculta la hermosura del cuerpo, en los dioses que agonizan, en los arcabuces y en las plegarias, todas son usanzas de la muerte. Le duelen las piernas de tanto llevar la muerte, agujas en las rodillas y como un humo en la cabeza. En el bolsillo lleva los objetos traídos del otro mundo. Los aprieta muy fuerte, siente que están vivos.

Hoy es tu día libre dice el guardián con palabras que terminan en señas de volver antes de que se ponga el sol, de lo contrario habrá encierro prolongado. El no sabe qué hacer con un solo día libre, no puede verse el tiempo en un trozo tan pequeño, no existe, el tiempo no tiene ondulaciones que ocultan las aldeas que sólo pueden verse gradualmente, el tiempo es de lunas y cosechas y crecidas de los

ríos y embarazo de las hembras. No se puede ir lejos en un trozo tan pequeño, aunque aquí, quién lo sabe, es su primer día libre. Hermoso el campo verde y el sol recién salido. Perderse en el campo es un buen suceso, pero eso significa ir pisando su sombra, no le gusta pisar su sombra por la mañana, entonces camina hacia el sol que sube, allá cerca está la ciudad que todavía no conoce, sobresalen muy altas sus agujas y sus torres.

La ciudad también está hecha entre ondulaciones de tierra, todo ondula en el paraíso. Él va ahora por la parte baja de la onda, hay mujeres recogiendo agua alrededor de la fuente, hablan agitadas, un viejo tose tomando sol contra un muro, un gallo cruza la calle, hombres envueltos en capas negras suben muy rápido la calle llevando papeles en las manos, nadie lo mira ya con asombro desde que se llama José. Los hombres de negro llegan a la punta de la onda casi ola, ya bajan y desaparecen, él sube sintiendo que su perfil es algo hermoso en el aire, se acuerda de los dos puntos verdes de la mujer del cántaro, la huele en sus propias manos, tiene los puntos verdes en sus propios ojos. Alto, vivo, llega a la cresta de la ola.

Allá abajo hay grandes hormigas penitentes. Unas postradas y otras que se mueven. miran el suelo las hormigas, están descalzas. Si se quedan demasiado tiempo quietas, los guardianes de a caballo las tocan con sus hierros. Son hembras y machos las hormigas, cada una con un bonete en la cabeza, hay dibujos en los bonetes. Los caballos obligan a las hormigas a girar, ellas giran y bajan la cabeza, tienen la espalda y el pecho cubiertos con un trapo, también en los trapos hay dibujos. Las hormigas obedientes pasan delante de los mendigos y los mendigos ríen, son muy graciosos para los mendigos los dibujos que llevan las hormigas. La gente abre las ventanas y se asoma para reírse de los dibujos. Cuando él llega abajo, las hormigas ya son

hombres y mujeres. los dibujos de los bonetes son pájaros extraños, los dibujos de los trapos que tienen sobre la ropa son hombres con alas y colas de perros que se mueven en el trapo, hay un dibujo de una cabeza que arde entre unos palos encendidos, es igual a la cabeza viva que arriba lleva el bonete, el penitente camina sin saber qué hacer con sus manos. las abre y las cierra como si quisiese agarrar el aire, de eso se ríen los mendigos. Hay otro que tiene las manos ocupadas, en una lleva un palo la hormiguita, un palo hasta el fondo del hormiguero, en la otra unas pelotas ensartadas en un hilo que termina en dos maderas cruzadas, las mismas de las carabelas y las ruedas, las mismas donde está clavado el dios muerto en el fondo de la casa de las campanas. Entre las risas los mendigos emiten sonidos que son palabras sin sentido. Brujas dicen los sonidos, humillación pública escarmiento dice un hombre de negro, sambenito, corozca, escupe un mendigo tuerto, hoguera hoguera dicen los soldados o los caballos, vaya uno a saberlo, hay demasiado ruido, es difícil saber quién habla entre la alegre locura de los mendigos. Hay sonidos de muerte en las carcajadas. suenan como campanas, "él ya va a retroceder, volver al campo, es muy feo el día libre, pero eso significa pisar su sombra por la mañana", nunca haría eso, allá va subiendo la calle hacia la punta de la otra onda. Cuando está llegando, una calle se abre hacia un costado y al fondo cinco brujas cuelgan de la horca, apresura el paso para no mirarlas, un hombre trepado a una escalera como un gigantesco pájaro nocturno picotea el cuello de una bruja, abajo hay un caballo que mira, él corre para terminar de cruzar la calle sin poder dejar de ver lo que la gente está llamando brujas, ha cruzado la calle y camina pegándose a la pared, nunca sabrá si las brujas fueron soñadas o miradas. Hay otras calles que no mira, es el día libre de la muerte. los penitentes y las brujas han quedado lejos, el que ahora

se llama José sube hacia una cresta y baja sin mirar qué hay en el fondo allá abajo. clava los ojos en la cresta de la onda próxima. ya llega y se desliza hacia abajo, está corriendo entre las olas.

Y aparece una enorme carabela aislada del mar por cuatro muros llenos de ventanas. lo puede ver todo desde la onda donde está, hay miles de cabezas y de ojos alrededor del fuego que baila en el centro de la nave quieta, todo alrededor del fuego como alrededor del oro. Los árboles han sido plegados formando escalones que suben casi hasta lo alto de los muros, y hay dos grandes montones de escalones, uno a cada lado del fuego, entre el fuego y estos dos racimos humanos se pasean hombres y caballos, banderas y estandartes. Es como una gran casa de las campanas con imágenes en las paredes, pero aquí las imágenes están vivas. Y allá al fondo de un gran estrado hay un dios, pero vivo, en vez de estar clavado en los dos palos sostiene dos palos cruzados en sus manos. está en lo alto, lo rodean otros dioses a su misma altura y otros un poco más abajo, las figuras con ^{bonete} llevan las manos atadas debajo de los trapos con dibujos, son las mismas hormigas que ha visto en la otra onda de tierra. Una multitud que viene de la cresta lo empuja hasta hacerlo entrar en la nave, ahora puede ver claramente y oír claramente, mira y oye a los sacerdotes que hablan al oído de los penitentes. Por un hueco de piedra χ que hay en un costado de la nave entran unos hombres con estatuas de penitentes, las estatuas desaparecen bajo los escalones y él se acerca atraído por el oro que brilla en el dosel que protege las cabezas de los dioses vivos y tiembla con el ritmo de las llamas, tiemblan las llamas en el oro del libro que sostiene uno de los dioses altos, en la silla donde se apoya el más alto de los dioses pero vivo tiemblan las llamas de allá abajo, tiemblan en una mirada que es mezcla de piedad, crueldad y locura, con tres dioses menores a cada lado que

tienen puntos de oro donde las llamas tiemblan. En la grada de abajo hay otros doce dioses vivos, uno de ellos mira distraído las mil cabezas cuidadosamente asomadas a las ventanas de uno de los muros que encierran a la nave que viaja a los infiernos, uno de ellos habla mirando un papel que sostiene con manos casi soñadas, hay una palabra que repite, relapso dice la palabra, nombre de animal desconocido piensa él, dice relapsos mirando las estatuas que los soldados colocan al pie de la escalera de acceso a la tribuna de los dioses. Cuando el dios de abajo acaba de decir las palabras que saca del papel, los siete dioses de más arriba se hablan secretamente, el más alto mueve una mano y los soldados entregan las estatuas al hombre del martillo. los soldados recogen los trozos y se los llevan por otro hueco de piedra mientras avanzan las hormigas con sus bonetes y sus trapos y hay un gran silencio en las cabezas asomadas a las ventanas de la inmensa nave. El que ahora se llama José quiere huir para no ver pero no puede, racimos de mendigos que no ríen y miran a los dioses y a las hormigas como si estuviesen ciegos se lo impiden. Hay una esperanza todavía, que las maderas se desclaven para volver a ser árboles, la tribuna cubierta por el dosel de oro se vendría abajo con los dioses, es muy precario todo allí, todo está armado como las carabelas que hacen agua y las aldeas que algún día llevarán el viento o la lluvia, como los árboles retorcidos hasta el dolor para ser ruedas todo eso puede desarmarse en cualquier momento porque es falso, una lluvia puede apagar el fuego, los perros pueden enloquecer y trepar a la tribuna y morder las piernas de los dioses, los caballos tienen fuerza suficiente como para rebelarse y dispersar a dioses y mendigos. Espera unos instantes, lo desea muy intensamente para que se produzca, pero las maderas resisten, los clavos han sido puestos a fondo, los árboles están poderosamente

atados entre sí para que no se desmanden, y desde uno de los árboles sometidos un dios menor vuelve a sacar palabras del papel, dice relapsos otra vez pero ahora no se trata de estatuas, son dos de los hombres hormiga con bonete que escuchan el relapsos, están unidos por una cuerda que envuelve los dos cuellos, el extremo lo sostiene un guardián. Cuando acaba la lectura de la sentencia, un sacerdote dice palabras amorosas a las hormigas que empiezan a dar alaridos que alteran la pasividad de los caballos, ay dios mío de mi alma dice el alarido, son sonidos que parecen aleteos de mariposa que se quema, ay dios mío de mi alma, y el paraíso da un paso más hacia el infierno. El soldado entrega el extremo de la cuerda al hombre del martillo, tiene la mirada muy triste el hombre del martillo, que acerca a los relapsos a otro hombre que se le parece y que también está triste y que desnuda suavemente a las hormigas, caen los bonetes y los trapos con dibujos, cae toda la ropa de las hormiguitas, una de ellas es hembra, que le tapen las vergüenzas, la otra hormiga es macho y también le tapan las vergüenzas, sus cuerpos hermosos son atados a los postes. erético dice el dios más alto, Christi nomine invocato dice un dios más bajo, madre de dios señora mía dice la hormiga macho, van a quemar la hermosura de los cuerpos piensa el que ahora se llama José temblando como una llama mientras el hombre del martillo arrima fuego a las hormigas dios de mi alma, el trapo que cubre las vergüenzas se quema antes que la carne, los alaridos de las hormigas se mezclan a los gritos de las cabezas asomadas, los ~~xxx~~ caballos que sostienen a los soldados tienen miedo, él puede oír cómo se mueven adentro en turbulencias los corazones de los caballos, y hay dos hormigas más oyendo la sentencia, es tan larga la hilera de hormigas que llega hasta la boca de piedra donde aparecieron las estatuas, los cuerpos hermosos de los relapsos ya no

hermosos, parecen los dibujos de los trapos que traían, que tienen las hormigas que están esperando su turno. Las hormigas ~~XXXXXX~~ vivas esperan, el sacerdote de palabras bondadosas espera, el hombre del martillo y el que se le parece esperan, el fuego espera, los dioses esperan en lo alto de la tribuna proyectando sus sombras en el dosel, se trata de una mecánica como la que sostiene las carabelas y las aldeas, el sacerdote les habla, el soldado los desnuda, otro hombre los quema, el fuego brilla en el oro desparramado en hombres y caballos, las carabelas flotan en el mar lejano y no se hunden, todo funciona a pesar de la precariedad, hay una persona para cada cosa, dioses y carceleros, inquisidores y ~~XXXXXX~~ fiscales, mendigos y notarios, nuncios y alguaciles sostienen la mecánica del paraíso, arcabuces, ruedas y caballos son sus signos, todo amontonado alrededor del oro donde tiemblan las llamas, el hombre que se parece al del martillo desnuda otras dos hormigas, la hermosura atada a los postes, ay dios de mi alma dicen las hermosuras y se convierten en dibujos negros, todo esto sucede porque existen arcabuces y ruedas y caballos, los ojos de los dioses en lo alto están mirando la muerte, el que ahora se llama José la siente en los tobillos, ha subido desde los talones, le pusieron un nombre para que pudiera entrar la muerte, que trepa por la palabra José, todos los que están en la nave ^{quieta} miran la muerte que hoy tiene su día libre como él, todos gritan cuando el fuego que arriman mecánicamente como si movieran remos en el agua toca las carnes y los ojos de los relapsos, suena a bicho que se arrastra la palabra esa, si no se llamara José estaría terminando la choza y en los montes maduraría la fruta una vez más, están armando la muerte todos esos hombres como se arma una carabela destrozando árboles, lo que está mirando amorosamente el más alto de los dioses le sube a él por las piernas y llega a la cintura, quiere

salir de su cuerpo por alguna parte todo eso que sube desde los talones. se ha olvidado del nombre que le daban en su aldea, ojitos o algo así. y ahora se llama definitivamente José, un José que tiene que volver antes de la puesta del sol que ya se ha puesto, hay luces en las ventanas. hay un olor que se mezcla al olor de las hormiguitas que se vuelven dibujos negros en el fuego, el peso de los alaridos de las hormigas podría hundir la nave, qué fuerte late el corazón de ese caballo. los ojos de los caballos son los ojos de su mujer cuando dejó caer las ramas de las manos y se murió la choza nueva. los ojos verdes que salían del cántaro ya no son ojos, son picaduras de serpiente. ojalá nunca me hubiera mirado la mujer del cántaro que me convirtió en ellos en José, el agua que me daba era la misma que me echaron en la cabeza para llamarme José, no quiero ser José quiero seguir cortando ramas para la choza nueva. lo que le sube por las piernas y llegó a la cintura y ahora sube buscando la salida le duele como quemadura. ya titilan las llamas en sus ojos. volver al guardián para que me ate con cadenas para que no me vaya ni me muera. unido al guardián nunca tendré bonetes. todo esto es culpa de las ondulaciones. hay un espanto vivo en la parte baja de cada onda. hay dos hormigas nuevas en cada onda. dos sentencias dos verdugos nuevos. dos cuerpos nuevos que se incendian con trapos y vergüenzas que son la verdadera hermosura diosdemialma. ay diosdemialma dicen las vergüenzas mientras se queman. el olor de la carne que se quema sobrevive a las vergüenzas. el dios de la casa de las campanas está muerto y no puede ver lo que sucede. si pudiera verlo daría un alarido entre sus palos secos. ay carne de mi alma diría el dios clavado entre los palos. y José ha logrado empujar a los mendigos y desanda la onda. debe regresar antes de la puesta del sol puesto. se tomó un trocito más de tiempo. por allá no que están las brujas balanceadas. ya está en la

cresta de la otra ola que le oculta la ola donde las hormigas con bonete esperan el fuego que quema las vergüenzasdiosdemialma, ya está saliendo de la ciudad de torres y de agujas, no quiero más días libres mi señor, árame a la cuerda y deja que ladre como los perros, es muy difícil seguir el camino de los abuelos, que no sean relapsos mis abuelos ni mis hijos, que nadie sea relapso ni en este ni en el otro mundo; y José desea más cosas como ésas para salvar el paraíso pero el dolor de las rodillas le está tomando las vísceras más altas, buscando su boca ha llegado a la garganta y él ya está fuera de la ciudad, alcanza a ver la vela que arde en la casa de su guardián, el que lo trajo desde su aldea y le dio agua morada en la carabela, ay guardián de mi alma sálvame del dolor que me sube desde ~~desde~~ los talones desde las rodillas; y es justo el momento en que el que no se llama José da un grito un alarido que parece que no va a tener fin pero lo tiene, el dolor ha llegado a la boca finalmente buscando la salida, la palabra José buscando la salida le ha ahogado el grito, el grito que no soportaba la mirada del dios-piedad-locura, ese grito que no puede terminar de salir, la boca está ocupada por el dolor-José que ahora, mientras cae en cualquier lugar del paraíso, le sale rojo por la boca, en cualquier parte está caído y un hilo de sangre sale por un costado de su boca, y él con el último resto de su día libre se lleva la mano a la boca, se limpia el hilo de sangre como si fuese una mancha de huevo de avestruz mientras el paraíso navega firme entre las olas, nadie sabe hacia dónde.

